

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 18
julio.agosto.sept. 2019

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

EN ESTE NÚMERO

- Elecciones en España: con la izquierda o con la derecha, una victoria de la democracia es una derrota del proletariado.
- Elecciones europeas del 26 de mayo: ¡Contra el capitalismo, contra la Unión Europea, contra todos los estados burgueses!
- 1º de mayo: ¡Una jornada de lucha proletaria que sólo podrá revivir volviendo a batirse sobre el terreno del antagonismo de clase en defensa exclusivamente de los intereses de clase proletarios!
- Argentina: Frente a la crisis y la miseria, ¡necesidad imperiosa de la lucha clasista y de la organización proletaria!
- En Sudán, el interclasismo y el demócratismo conducen la revuelta a la derrota
- Colombia: Frente a la ofensiva y el terror burgueses: ¡Lucha de clase anticapitalista!
- ¡Por el apoyo a nuestra prensa!

¡Movilizarse para «salvar el clima» o luchar para acabar con el capitalismo?

En los últimos meses un cierto número de países se han visto envueltos en la movilización de los jóvenes sobre la cuestión del cambio climático. Una joven sueca de 15 años, Greta Thunberg, ha lanzado la iniciativa de huelgas estudiantiles y protestas «por el clima» cada viernes frente al parlamento de Estocolmo. Este movimiento se ha difundido, después, al extranjero. Ha tenido un eco particularmente fuerte en Suiza (18 de enero, 8.000 estudiantes se manifestaron en Lausana, 22.000 en toda Suiza) y en Bélgica (75.000 manifestantes en Bruselas el 21 de febrero): en estos dos países el número de jóvenes manifestantes no tiene precedentes en los últimos años... También ha habido eventos importantes en Alemania, en Australia, etc.

Sobre la estela de las movilizaciones en estos y otros países, se ha anunciado una «huelga global por el clima» por parte de la asociación «Youthforclimate», a la que pertenece Thunberg (1). ¿Qué pensar de estas movilizaciones?

(sigue en pág. 8)

Después del circo electoral:

El duro y difícil camino hacia la reanudación de la lucha de clase del proletariado aún debe recorrerse

En el interregno electoral, entre las elecciones generales y las regionales, Esperanza Aguirre, la que fue líder del Partido Popular de Madrid encabezanando su gobierno regional, la corriente liberal del partido y la mayor trama de corrupción de los últimos cincuenta años, afirmó: «*Debemos unirnos todos los que estamos por la libertad, por la propiedad y por España*». Y lo hizo como una especie de balance de las elecciones generales que supusieron la debacle del PP, el aborto de Ciudadanos como partido mayoritario de la derecha y el quiebro de Vox para catalizar el descontento ultra a la derecha de los dos partidos anteriores. Sólo quedaba, para la buena señora, hacer un llamado en nombre de los valores fundamentales que encabezan los programas de estas corrientes políticas. Pero la realidad es que este eslogan es mucho más amplio y significativo de lo que puede parecer: no se refiere únicamente a las fuerzas de la derecha, sino a todo el arco parlamentario, de VOX a Bildu pasando por Podemos, el PSOE y Ciudadanos.

En pocas palabras, Esperanza Aguirre mencionó las tres consignas que todos los partidos salidos del último circo electoral llevan en lo más hondo de su programa.

La libertad. Es siempre un eslogan manido en boca de cualquier burgués: durante el arco histórico que lleva de la Revolución inglesa del siglo XVII hasta los estertores de la llamada *Primavera de los pueblos* del siglo XIX, la libertad fue el emblema de toda una clase social, aquella compuesta por artesanos, comerciantes, negociantes, propietarios de fábrica, agricultores acomodados, banqueros, etc. que conformaban las distintas capas de la burguesía emergente. Libertad de pensamiento, de credo, libertad de movimientos, libertad científica... pero sobre todo libertad económica para poder comprar, vender, comerciar, especular... sin soportar las presiones del estamento feudal que perdía lentamente la preponderancia económica a medida que el mundo se abría a la nueva

(sigue en pág. 2)

La huelga del metal en Vizcaya, un ejemplo de lucha proletaria y de oportunismo anti obrero

Estos largos meses de interregno gubernamental, además del frenesí electoralista y el repugnante mercadeo parlamentario, han dejado valiosos ejemplos de la realidad que debe padecer el proletariado a diario, más allá de la superstición electoralista y la confianza en los medios democráticos de lucha. El más importante de estos ejemplos lo han dado los proletarios del metal de Vizcaya, que llevaron a

cabo una dura huelga durante cinco días de junio. Pese a haber tenido poco o ningún eco mediático, esta huelga tiene un interés infinitamente mayor que el circo de partidos y *unidades* que ha inundado la prensa desde hace meses.

Como resumen del desarrollo del conflicto, las grandes centrales sindicales que tienen representación en el

(sigue en pág. 11)

Después del circo electoral

(viene de la pág. 1)

industria y que acabaría perdiendo hasta la cabeza de sus representantes más elevados. La burguesía enarboló la bandera de la libertad en todos los terrenos de la vida social haciendo, de ella la consigna que resumía todo su programa: libertad contra la opresión feudal quería decir que el nuevo mundo burgués se batía contra el viejo mundo medieval. Y esa libertad la reclamaron sus portavoces (filósofos, profesionales, sacerdotes cambiados de bando) no sólo para los propios burgueses, sino para todas las clases subalternas que padecían la opresión secular de la nobleza, el clero y la monarquía. La reclamaron por lo tanto para las clases menesterosas del campo y de la ciudad, para los primeros proletarios que debían vender su fuerza de trabajo una vez habían sido expulsados de su modo de vida campesino, para los pobres de necesidad que poblaban unas ciudades que comenzaban a hacerse monstruosas, etc. La burguesía reclamaba y prometía la libertad para toda la humanidad una vez que la religión en el terreno ideológico, la obediencia ciega a la jerarquía feudal en el político y las trabas al comercio y a la industria en el económico, hubieran desaparecido de la faz de la tierra.

Pero lo cierto es que la clase proletaria entendió bien pronto lo que significaba la *libertad* que los burgueses le habían prometido a cambio de luchar junto a ellos. En 1848, después de haberse batido en las barricadas de París contra el ejército monárquico y haber logrado la llegada de la República, al frente de la cual se colocaron sin pudor los burgueses y pequeño burgueses parisinos, el proletariado reclamó la *libertad* que los burgueses le habían prometido tantas veces y que ahora estaba en condiciones de exigir por la fuerza. ¿Cuál fue la respuesta que recibió? ¡Orden!

«Ninguna de las numerosas revoluciones de la burguesía francesa, desde 1789, había sido un atentado contra el orden, pues todas dejaban en pie la dominación de clase, todas dejaban en pie la esclavitud de los obreros, todas dejaban subsistente el orden burgués, por mucha que fuese la frecuencia con que cambiase la forma política de esta dominación y de esta esclavitud» (K. Marx *La revolución de Junio*)¹

La burguesía demostró al proletariado, ametrallándolo, dejando miles de muertos como ejemplo, que la libertad es únicamente la libertad de gobierno de la burguesía, jamás puede ser ni significar otra cosa mientras se mantengan las condiciones que permiten la existencia del orden burgués. La bella consigna liberal por la que los obreros murie-

ron en las barricadas era el sueño de los exaltados *burgueses*, pero poco más que una quimera absurda a la hora de su aplicación práctica. Desde entonces, desde que mostró con la fuerza de las armas que la libertad es el resumen programático del gobierno burgués contra el proletariado, la propia burguesía destruyó cualquier resto de sus antiguas exigencias en todos los campos. ¿Libertad de culto? Sí, aliados con la Iglesia católica, verdadero sostén del orden durante un milenio. ¿Libertad de industria y de comercio? Ahí están los monopolios, las grandes propiedades estatales, para mostrar en qué quedó. ¿Libertad de pensamiento, prensa, asociación, etc.? Sí, bajo la férula de un Estado burgués que crece exponencialmente por momentos sin dejar ni un palmo de terreno sin aplastar por la bota de las leyes que, básicamente, prohíben en el terreno judicial lo que hipócritamente se defiende en las constituciones.

No existe libertad para el proletariado: la clase proletaria existe como fuerza histórica encuadrada por el desarrollo de las fuerzas productivas, existe como el principal producto de este desarrollo y es lanzada continuamente contra las relaciones de propiedad que dominan hoy día, contra el poder político que las sustenta y, consecuentemente, contra todas las clases sociales que se amparan bajo su ala. La clase proletaria no puede conocer la libertad porque, para vivir, para no ser explotada, para no perecer en guerras, en catástrofes mal llamadas naturales, para no morir en el trabajo, en los mares que separan el mundo desarrollado del subdesarrollado... *debe luchar*, es arrojada continuamente a la lucha por circunstancias que escapan a la libre elección de los proletarios. La clase proletaria está absolutamente condicionada por fuerzas que superan ampliamente los discursos liberales o conservadores de manera que, ilusionándose con la libertad, es decir, con la libertad de elegir, de votar o de conciencia, se ilusiona con las consignas del enemigo. Unas consignas que no valen para ella y que la propia clase burguesa ya liquidó hace más de ciento cincuenta años.

¿Esperanza Aguirre llama a defender la libertad? Hace bien, es una apelación a su clase, a su memoria histórica, a su tradición... Y la lanza a *absolutamente todos* los que hoy se sientan en los parlamentos regionales, locales y nacionales. La libertad, en su boca, vuelve a significar lo mismo de siempre: libertad para que el proletariado se someta a la clase burguesa, para que acepte sus intereses como propios, para que participe en la pantomima democrática pensando que ese es el terreno en el que se puede conseguir cualquier tipo de mejora, para que renuncie a su lucha de clase, para que

reniegue tanto de sus intereses últimos como de los más inmediatos... Esa es la libertad que sale de la boca de Esperanza Aguirre, de Pablo Iglesias o de Santiago Abascal.

La propiedad. No hay consigna que sobreexcite más a todos los burgueses. Desde la Declaración de los Derechos Humanos hasta cualquiera de las Constituciones nacionales, la propiedad es reconocida en cada uno de los papeles que pretenden fijar derechos y obligaciones, colocándose casi siempre al principio de la lista de derechos y siempre a la cabeza de las obligaciones. No existe ningún partido político del arco parlamentario –absolutamente ninguno– que no reconozca la propiedad como base del sistema democrático. Pero es que un examen superficial a la historia de los movimientos políticos del siglo XX en España mostrará a quien quiera que desde ETA hasta Falange no hay corriente extra parlamentaria de cierta relevancia que no haya admitido el *principio de propiedad* entre sus principales activos programáticos.

Y, sin embargo, es la propia burguesía, son sus corrientes y partidos políticos, pacíficos o terroristas, derechistas o izquierdistas, quienes trabajan día a día para horadar la propiedad privada y volverla una fórmula vacía y falta de contenido. ¿Qué significa hoy la defensa de la propiedad? Defensa del marco jurídico que define la empresa como unidad productiva, es decir, apropiación *privada* de los frutos del *trabajo asociado*. En esta fórmula es mucho más importante la segunda parte que la primera: el marco jurídico (código civil, código mercantil, legislaciones particulares acerca de diferentes aspectos de la vida económica, etc.) fijan una serie de normas que vuelven inviolable la propiedad en términos legales. El burgués cuenta con un capital, contrata a los proletarios, les paga su salario, las cotizaciones sociales obligatorias... y puede disfrutar de la parte del beneficio restante como buenamente quiera. Es el ideal de la propiedad privada con la que se llenan la boca Esperanza Aguirre tanto como los pequeños propietarios de bares de Lavapiés o los abogados del Estado: el Estado debe garantizar la seguridad jurídica de la propiedad privada. Vemos ahora un caso a escala ampliada: un holding burgués cuenta con un capital, contrata a los proletarios, etc. e invierte en un país más allá del Atlántico. En lugar de poder disfrutar de sus beneficios, el gobierno de ese país le obliga a venderle el negocio a un precio fijado por el propio gobierno. ¿Dónde quedan aquí las garantías jurídicas? Si el gobierno extranjero es el de Venezuela, todos los voceros del capital nacional se lanzan en defensa de los dere-

chos de sus colegas, violados por un infame gobierno dictatorial (y preparan la revancha). Si el gobierno es el de Argentina, un país mucho más fuerte, con un peso internacional mucho mayor y que, especialmente en la época de la crisis económica en que se expropió Repsol YPF, hablaba de tú a tú a España... pues el gobierno español encargado de salvaguardar los intereses de la propiedad privada nacional se calla, agacha la cabeza y se va por donde vino. La propiedad privada no es intocable, ninguna ley, ningún código, pueden salvarla de las relaciones sociales que ella misma encubre bajo su formulación aséptica. La propiedad privada de los medios de producción petrolíferos en un país latinoamericano es una fórmula jurídica tras la que está la posesión de un capital con el que se extrae un petróleo de cuyo beneficio apenas se deja rastro en el país. La propiedad de este capital puede pasar de un país a otro sin que se alteren ni lo más mínimo las relaciones sociales que esta propiedad codifica: los proletarios seguirán siendo explotados y los beneficios del petróleo seguirán siendo inmensos, el gobierno que de puertas para adentro defiende la propiedad privada, se la niega con cualquier pretexto a la burguesía extranjera y la expropia en beneficio de la burguesía patria.

Lo mismo sucede sin tener que referirse a problemas de orden geopolítico. Las leyes del capital priman sobre cualquier otra legislación, sea esta local, nacional o internacional. La acumulación de capital, la concentración y centralización del mismo determinan una tasa de beneficio cada vez menor lograda sólo a costa de una inversión cada vez mayor. Por lo tanto, un peso determinante de la estructura financiera del capital, una importancia cada vez mayor de las políticas monetarias de captación de recursos, etc. Esa tasa de beneficio mínima, sólo es compatible con la supervivencia de grandes firmas monopolísticas de capital, bien sustentadas por holdings de empresas y bancos, bien por el propio Estado, bien por todos a la vez, porque sólo estas fórmulas de financiación del capital logran centralizar beneficios de diferentes ramas industriales en cantidad suficiente como para sobrevivir. La propiedad privada, por lo tanto, resulta tener poco sentido en el conjunto de las relaciones de producción capitalistas a medida que estas se vuelven más y más complejas. No es posible mantener la propiedad privada de los medios de producción de un pequeño taller artesanal: tarde o temprano el capital invertido en este, pasará a ser propiedad de una gran empresa, ya sea por la vía de la venta o por la del cierre del pequeño negocio, este se une al flujo

que lleva desde las pequeñas propiedades hacia las grandes concentraciones de capital. Un flujo que sólo tiene un nombre, **expropiación**, y que marcha en el sentido contrario a la defensa de la propiedad privada.

¿Qué significa por lo tanto la defensa de esta propiedad privada en boca de quienes realmente están al servicio del capital, y por lo tanto de la expropiación de la propiedad y de las grandes concentraciones industriales, bancarias y comerciales? De igual manera que la libertad, una libertad aséptica y no manchada por la sangre que ha escupido la historia sobre ella, la propiedad es el sueño de la pequeña burguesía, en la medida en que querría escamotear los inevitables enfrentamientos entre clases detrás de consignas que permitan parar el curso de la historia y convertirlo en un bello ideal. De igual manera que la libertad es la consigna con la que se alude a la mixtificación democrática, a la necesidad de dejar de lado los intereses de clase del proletariado, para defender el pretendido «bien común» en que todas las clases ceden y se logra un pacto armónico entre ellas; de igual manera, la defensa de la propiedad es un llamado a los intereses más mezquinos de la pequeña burguesía, a los que se coloca idealmente en el centro de la vida social y de los que se dice que son la piedra angular de la civilización y la democracia. La idealización del pequeño burgués, ahorrador, emprendedor, que con los pocos euros de un trabajo por cuenta ajena salta a uno por cuenta propia, paga su casa y le da una educación mejor que la que él tuvo a sus hijos, está en el centro de todos los programas políticos bajo cualquier variante. Y lo está porque la pequeña burguesía representa los intereses de conservación social, de defensa de la democracia, de conciliación entre las clases, de una existencia social sin sobresaltos en la que la gran burguesía sea controlada por mecanismos legales, el proletariado reprimido cuando se salga de los límites que le son permitidos y todo conflicto social solucionado mediante la colaboración parlamentaria. La defensa de la propiedad privada es la defensa de la pequeña burguesía como magma social mediante el cual la burguesía domina al proletariado, inoculando en su cuerpo todas las ilusiones acerca de la democracia, la convivencia y la colaboración entre clases. El «país de propietarios» que querían los ministros de Franco consiste precisamente en una clase proletaria atada a la burguesía por medio de la pequeña propiedad que representa el pequeño burgués, el proletario que ha ascendido de nivel social, el que aspira a hacerlo, etc. Izquierda y derecha quieren representar a este pequeño burgués, en

la medida en que esto les vuelve útiles a las necesidades de la burguesía, ambos mantienen el mito reaccionario de la defensa de la pequeña propiedad, de la vivienda comprada tras décadas de sometimiento a un régimen defeudalismo hipotecario... Esperanza Aguirre puede defender que la propiedad tenga a un policía armado hasta los dientes a su lado, mientras que Podemos puede anhelar una propiedad «con carácter social», pero ambos programas tienen un denominador común. Ambos aluden a la defensa de los intereses de clase de la burguesía, aunque sea por medios más o menos indirectos.

España. Para todas las corrientes y partidos políticos parlamentarios, el centro del «problema nacional» en los últimos cinco años ha estado en la unidad del país. Los sucesos de Cataluña han supuesto una sacudida tan grande que ha sido capaz de resquebrajar la mitad derecha de la estructura partidista que existía desde la Transición. Mientras que la parte izquierda (el binomio PSOE-PCE, con predominancia absoluta del primero) ya fue sacudida por los efectos más inmediatamente sociales de la crisis capitalista de los años 2007-2014 (aparición de Podemos, Ayuntamientos «del cambio», etc.) la parte derecha se había mantenido relativamente incólume como casa común de una parte de la derecha (la otra parte se pasó al PSOE en los años '70) y las corrientes liberales. La incapacidad del Partido Popular en el Gobierno para solucionar la llamada «cuestión catalana» llevó a una parte del partido a trabajar para constituir otro, Vox, que empujase por el flanco derecho proponiendo explícitamente medidas que no tenían cabida en el discurso público *popular*. La *defensa de España*, de la unidad nacional, etc. han sido consignas lanzadas continuamente en estos últimos años como supuesta línea que define las diferencias entre derecha e izquierda política. Como hemos explicado numerosas veces en este periódico (ver sobre todo nuestro *Especial Cataluña* de octubre de 2018), la llamada «cuestión catalana» encubre realmente un enfrentamiento secular entre diferentes facciones burguesas españolas que en repetidas ocasiones han llegado a pactos de convivencia para, posteriormente, golpeadas por las crisis económicas, sociales y políticas que resultan de la misma existencia del modo de producción capitalista, volver a enfrentarse. Estas luchas intestinas, que parten del mismo origen de la nación española, siempre toman forma de enfrentamiento entre los sectores pequeño burgueses catalanes, supuestamente progresistas y escorados hacia la izquierda (aunque

(*sigue en pág. 4*)

Después del circo electoral

(viene de la pág. 3)

sus líderes rara vez han tenido inconveniente en mostrar su ideología abiertamente reaccionaria, racista y xenófoba) y sectores ultra tradicionalistas del cuerpo orgánico del Estado (militares, magistrados, etc.) aliados con los pequeños propietarios que compiten con la burguesía catalana por el control del mercado nacional.

Explicando la naturaleza de este enfrentamiento, hemos explicado a su vez que España, la nación española, no necesita defensa alguna: España como unidad nacional se impuso a la descentralización buscada por la nobleza y la aristocracia feudal a lo largo del siglo XIX y en el curso de durísimas guerras libradas tanto contra la Francia napoleónica como contra los ejércitos carlistas de la reacción monárquica. Y se impuso por la lucha de determinados sectores de la burguesía, ayudados por las corrientes pequeño burguesas de toda la periferia peninsular que veían en la defensa de la nación la vía para liquidar las últimas supervivencias feudales y por los proletarios que dieron sus vidas en las revueltas anti señoriales a lo largo del siglo XIX. La unidad nacional es un producto de la historia porque la nación es un hecho históricamente transitorio. Su supervivencia no está ligada a la voluntad de mantener o de romper el país, a fórmulas legales o a sediciones... sino a la supervivencia del propio modo de producción capitalista, que tiene su marco de reproducción natural en la nación. Esto no quiere decir que las sucesivas sacudidas que el orden burgués sufrirá, tanto en España como en el resto de países capitalistas, y que pondrán en juego inmensas fuerzas que hoy parecen dormidas pero que están llamadas a destruir todos los equilibrios políticos e institucionales logrados hasta el momento, no destruyan la unidad nacional. Pero lo harán como resultado de en-

frentamientos mucho mayores que los que hoy presenciamos. Cuando Esperanza Aguirre llama a la defensa de España, no lo hace porque vea la unidad del país amenazada, sino porque la defensa de la nación continúa siendo la manera más explícita de llamar a la defensa del orden, a la unidad de todas las fuerzas burguesas en defensa de sus intereses comunes. Del Rey al último comerciante de la hostelería costera, la defensa de la patria es un vínculo que les une para defender el orden establecido. Es por ello que las corrientes políticas aspirantes a gobernar, es decir a mostrarse ante la burguesía como capaces de defender sus intereses, hablan ahora de que «la izquierda se ha equivocado al abandonar la idea de España». Siendo partidos del orden burgués, deben acatar, Y también dirigir, sus consignas.

Para la clase proletaria la triada *Libertad, Propiedad y España* no tiene nada de nuevo. Bajo esa consigna se le ha aplastado en repetidas ocasiones, bajo esa ilusión sobrevive desde hace décadas como esclava absoluta de la burguesía. Faltaría añadir únicamente *Democracia* para que el grupo de sus demonios estuviese completo.

Hoy, la farsa democrática ha vuelto a lanzar a la palestra, al lado de consignas tan explícitas como esta, otras igualmente dañinas para los proletarios. En todas partes se ha visto cómo el mensaje del *antifascismo*, acuñado ante el «riesgo» de que Vox llegase a las instituciones locales y nacionales, ha cundido como la pólvora. El mensaje del antifascismo y la defensa de la democracia se ha puesto en juego, precisamente, como compensación del mensaje nacionalista de corrientes como PP, Ciudadanos y Vox, como su opuesto simétrico, que alude a la defensa de la patria, las libertades, la democracia... como antídoto contra el fascismo. El objetivo: movilizar detrás de esta consigna a los proletarios que padecen en sus carnes las consecuencias de la crisis económica, del paro y la miseria y ante los que se identifica por parte de la izquierda y la extrema izquierda burguesas a Vox como la encarnación de todos los males y las corrientes tradicionales de la izquierda como el mal menor a defender. Nada nuevo bajo el sol, el juego democrático sigue su curso recurriendo a medidas cada vez más tajantes para mantener a la clase proletaria movilizada tras su estela. Signo innegable de la acentuación de la crisis social, la aparición de las consignas «radicales» tanto en el lado de la extrema derecha como en el de la extrema izquierda, indica que los medios tradicionales de gobierno democrático sobre la clase proletaria, entre ellos el bi-

partidismo, la contención política, etc. van perdiendo fuerza a medida que es la propia clase proletaria la que va siendo abocada a la lucha cuando se ve obligada a afrontar un panorama que no mejora sino que empeora.

Pero para la clase proletaria no habrá mejoras dentro del marco democrático de convivencia. Mientras que los intereses de la burguesía sigan puestos en un plano de igualdad con los suyos, mientras que se llame a la defensa de un Estado democrático supuestamente colocado por encima de las clases sociales y, por lo tanto, a la defensa de la legalidad, al recurso a las leyes y a la judicatura como defensa frente a las agresiones que el capital desata todos los días... La clase proletaria estará perdida. El eslogan libertad, propiedad, patria, que es la consigna de unidad de la clase burguesa, seguirá imponiéndose sobre los hombros de un proletariado desunido, aislado y derrotado.

De esta situación, contra la que ya empujan las fuerzas materiales que polarizan cada vez más a las clases sociales, la clase proletaria sólo puede salir encaminándose por la senda de la reanudación de su lucha de clase, que implica la defensa exclusiva de sus intereses, utilizando únicamente los medios y los métodos más adecuados para ello, que no serán, sin duda los medios democráticos. De la misma manera que la clase proletaria no tiene ninguna libertad, ninguna propiedad y ninguna patria que defender, tiene todo un mundo que reclamar para sí. Y podrá hacerlo únicamente a costa de grandes sacrificios, que implicarán en primer lugar romper con todo el entramado de relaciones sociales que hoy le vinculan con la burguesía y le hacen prácticamente partícipes de sus exigencias. A costa de rechazar esta situación, de reconocer en cada proletario, sea del país, raza, sexo o religión que sea, un hermano de clase, y por lo tanto de lucha. A costa de ver en cada una de las políticas que la burguesía le propone a través de sus facciones izquierdistas, un engaño, una medida que en realidad se volverá contra la propia clase proletaria tarde o temprano. A costa de ver en todos los que llaman a un pacto transitorio con cualquiera de las corrientes políticas burguesas, en nombre del antifascismo, del desastre climático que se nos echa encima, etc. a un enemigo de clase, que le separa de su camino.

Sólo así la clase proletaria podrá librarse de todas las cadenas que le impiden vencer.

NOTA:

1) Editorial *Fondo de Cultura Económica*. México, 1989

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Traficantes de Sueños

C/ Embajadores, 35
28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bJ
28001 - Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

CON LA IZQUIERDA O CON LA DERECHA, UNA VICTORIA DE LA DEMOCRACIA ES UNA DERROTA DEL PROLETARIADO

Por tercera vez en el breve plazo de tres años, se han convocado elecciones generales en España. Después de que el gobierno del PSOE, en minoría en el Parlamento y en el Senado y por lo tanto dependiente de alianzas extremadamente frágiles para gobernar, no fuese capaz de sacar los presupuestos generales del Estado adelante durante el pasado invierno, una nueva crisis parlamentaria ha dado como resultado la disolución de las Cortes y la puesta en marcha de otro circo electoral en el que, de nuevo también, todos los voceros y propagandistas de uno u otro signo político repiten hasta la náusea que «todo está en juego». Ahora que el bipartidismo está roto (mentira: únicamente el PP y el PSOE tienen opciones reales de gobernar y el resto de partidos aspiran sólo a ser sus muletas) y que un coro de nuevos partidos ha irrumpido en escena (nueva mentira: a la izquierda del PSOE sólo hay un refrito de la antigua Izquierda Unida y a la derecha del PP una escisión del mismo y un viejo partido regional) la democracia española avanza por derroteros completamente inéditos, afirman los voceros del periodismo *hooligan* político que los Florentino Pérez y los Roures pusieron en marcha hace unos años como acompañamiento de sus nuevas marcas políticas.

Pero, ¿qué significan realmente estas nuevas elecciones? Aún sin dejarse arrastrar por las campañas publicitarias y por los recursos de marketing político, es imposible pasar por alto que la situación en España está muy lejos de ser normal, si por normalidad entendemos los casi cuarenta años de alternancia pacífica en el poder de PSOE y PP. De hecho, la situación es tremendamente anómala si tenemos en cuenta que el ordenamiento jurídico y político posterior a la Constitución de 1978 se diseñó como copia actualizada del sistema de cambio político de finales del siglo XIX y principios del XX: en este caso, una gran socialdemocracia levantada con los marcos del Bundesbank y los dólares de la Reserva Federal y una amplia derecha que aunaba tanto a los sectores ultras del Régimen de Franco como a las pequeñas burguesías regionales, se disputaron el poder durante varias décadas alternándose para llevar a cabo, en primer lugar, las medidas más acuciantes de modernización económi-

ca del país y, después, aquellas que permitiesen a la burguesía nacional competir con sus rivales extranjeros. Este equilibrio, basado en un sistema de turnos naturales en los que un partido abandonaba el gobierno cuando, se volvía incapaz de gestionar la creciente tensión social a que había conducido su política, parecía el más adecuado para un país en el cual la burguesía se había negado durante décadas a aceptar incluso las más mínimas reformas sociales que tan buen resultado, en el sentido de apaciguar a los proletarios, habían dado en otros países. Fue un equilibrio surgido del pacto social que realizaron todos los sectores de la burguesía y la pequeña burguesía después de la muerte de Franco, cuando la crisis capitalista mundial de mediados de los años '70 arrasaba a los principales países europeos y americanos... y ha durado, precisamente, hasta que una nueva crisis económica ha golpeado con una dureza similar. Fue en ese momento cuando las fuerzas sociales que permanecieron adormiladas durante décadas emergieron con una energía renovada. Y fue también entonces cuando se fraguó la crisis política que vivimos hoy y en nombre de la cual se llama de nuevo al voto.

A la derecha, la aparición de Ciudadanos, un partido político que comenzó su existencia circunscrito prácticamente a las ciudades de Cataluña como representante de una pequeña burguesía local, profesional y «cosmopolita» que salía perjudicada por el enfrentamiento entre el gobierno catalán y el gobierno español, como gran fuerza nacional organizada en pocos meses como alternativa a un Partido Popular desgastado por los escándalos de corrupción, es una muestra de la agitación y el malestar que reina entre la pequeña burguesía de prácticamente todas las grandes ciudades españolas, en las que el partido de gobierno (PP o PSOE) ha tomado, durante los últimos diez años, las medidas necesarias para resguardar de la crisis a la burguesía local dejando de lado a los sectores pequeño burgueses que han visto sus negocios hundirse, su nivel de vida caer y, sobre todo, el riesgo de no poder mantener el estatus privilegiado que han ostentado durante tanto tiempo. El «problema catalán» le ha dado a esta pequeña

burguesía local una proyección nacional, ejemplificando con la incapacidad del gobierno del PP para acabar con las corrientes nacionalistas, todos los males que para esta clase deben ser solucionados.

Más a la derecha aún, la escisión del Partido Popular dirigida por Santiago Abascal, ha recogido al sector típicamente ultra que tuvo en el PP, hasta hace unos años, una casa que compartir con otros sectores más moderados. Una tupida red de altos funcionarios del Estado, militares de carrera, mandos de la policía, etc. junto con otros elementos patrocinados por la burguesía rentista (la antigua aristocracia reconvertida a parásitos del Estado) han vuelto abierto y explícito su enfrentamiento no sólo contra las fuerzas nacionalistas de Cataluña sino contra el propio Partido Popular y contra el ordenamiento constitucional de 1978. Este partido, Vox, lejos de ser una corriente de tipo fascista, como se ha apresurado a gritar el conjunto de la izquierda parlamentaria y extra parlamentaria, es una reacción típicamente nacionalista y ultra conservadora que se ha precipitado a la arena política no para imponer su programa, sino para espolear a las otras dos fuerzas de la derecha a ser más duras: les proporciona una fuerza de choque electoral, parlamentaria, mediática... e incluso callejera para llegar allí donde no alcanzan. Es significativo ver cómo organizaciones policiales como Jusapol, creadas bajo la protección de Ciudadanos para organizar a miembros de los tres cuerpos de Policía como fuerza de presión, han orbitado rápidamente hacia Vox en un exquisito reparto de las tareas. Vox no es una amenaza fascista, su programa electoral es exponente de las exigencias más rudimentarias y básicas de la burguesía y como tal representante de la burguesía que se ha animado a hacer explícitas sus exigencias, muestra a los proletarios la cara más dura del enemigo de clase... pero esto no es nada que cuarenta años de democracia no hayan mostrado abiertamente.

A la izquierda, la implosión de Podemos en varios grupos separados, la fragmentación de la corriente de izquierdas fraguada en 2014 y la definitiva convergencia con el PSOE, que después de ser el enemigo a abatir es el hermano al que ayudar contra el «fascismo» de la derecha, es el final lógico para este tipo de formaciones. En 2013 y principios de 2014, el periodo de movilizaciones más intensas contra la crisis económica, el esfuerzo combinado de grandes corporaciones

(*sigue en pág. 6*)

ELECCIONES EN ESPAÑA

(viene de la pág. 5)

mediáticas y de importantes industriales, puso marcha la marca electoral Podemos, aupándola desde la marginalidad extra parlamentaria hasta los Ayuntamientos de Madrid, Barcelona y Cádiz. La tensión social se recondujo hacia el juego electoral, unos pocos escaños en el Congreso y alguna victoria local sirvieron para desalojar las calles y recuperar la confianza en el juego democrático: cuatro años después, la clase proletaria sigue sopor-tando sobre sus espaldas el peso de la recuperación económica, los grandes Ayuntamientos en manos de Podemos y sus aliados locales siguen siendo las grandes corporaciones regionales de la gran burguesía, que hace sus negocios con la seguridad de quien sabe que velan por sus intereses día y noche, incluso los aspectos más llamativos de estos negocios, los *pelotazos* urbanísticos y la reestructuración urbana que necesitan los nuevos tipos de empresas siguen su curso sin interrupciones... mientras que los partidos «del cambio» se han convertido en depredadores voraces que se han adaptado rápidamente al juego político de «la casta».



El programa comunista N°53, JUNIO 2018

- ¡Viva Octubre rojo, de ayer y mañana!
- Las grandes lecciones de Octubre de 1917
- 1936-1939. La Guerra de España
- Cronología abreviada
- Informe de Amadeo Bordiga sobre el fascismo. V Congreso de la Internacional Comunista. (23ª sesión, 2 de julio de 1924)

REVISTATEÓRICA

Precio del ejemplar: 3 €; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

En las elecciones del próximo 28 de abril no está en juego un cambio radical de la situación política, económica y social del país. No serán unas «elecciones constituyentes» como ha dicho el líder de Podemos ni una reconquista como quiere el jefe de Vox. Más allá de los diferentes programas políticos, de las estridencias mediáticas de cada una de las corrientes que compiten por el voto, hay un denominador común para todas ellas: la defensa de la democracia, del sistema electoral y parlamentario. La fragmentación de la izquierda y la derecha en diferentes tendencias refleja tanto las dificultades por la que la burguesía pasa a la hora de organizar sus tendencias como un inmenso esfuerzo por su parte para mantener la estabilidad básica en torno al orden democrático.

El principal foco de tensión, del que se alimentan todos los demás en la sociedad capitalista, es el que existe como consecuencia del enfrentamiento continuo entre la clase proletaria y la clase burguesa. Ante la crisis económica, ante la inestabilidad de las formas constitucionales y políticas, la burguesía en su conjunto lanza una única consigna: democracia. El voto, las elecciones, el Parlamento, el respeto a la legalidad, la colaboración entre clases representada por el Estado de derecho, ese es el programa único del conjunto de la burguesía. En la medida en que logra imponérselo a la clase proletaria, que consigue forzarla a dejar de lado la lucha por sus intereses de clase, tanto en el terreno económico más inmediato como en el terreno general de la lucha política, la burguesía (toda la burguesía arropada por sus clases satélites) vence. El nacionalismo de grupos como Vox, el nuevo «patriotismo» de Podemos, el independentismo de los partidos regionalistas vasco y catalán, llama a los proletarios a unirse en un frente único con la burguesía en defensa de los intereses nacionales, es decir, llama a los proletarios a soportar todos los sacrificios y todas las exigencias que los intereses nacionales les imponen. Y lo hace sobre la base de la participación democrática, de la colaboración electoral entre clases... ¿Frente al «independentismo» racista e indentitario? ¡Democracia! ¿Frente al nacionalismo tradicionalista español? ¡Democracia! ¿Frente al fascismo?... ¡Más democracia! Mientras que los proletarios acepten este terreno, la burguesía respira tranquila, la democracia es, por el momento, la garantía de su dominio de clase. Y mañana, cuando la tensión social latente comience a salir a la superficie, cuando estas escaramuzas entre corrientes burguesas

se transformen en enfrentamientos a una escala mayor, este hábito de participación democrática, de confianza en las instituciones, le será muy útil a la clase burguesa, que logrará debilitar la necesaria reanudación de la lucha de clase proletaria recurriendo ya no a la participación democrática sino a la defensa y salvaguardia de la democracia misma. Con el circo electoral permanente, la burguesía no sólo disipa la tensión social hoy, sino que agudiza la parálisis del cuerpo social proletario, que se hará especialmente aguda cuando la próxima crisis económica vuelva infinitamente más violentas las exigencias que la burguesía le imponga. Entonces, quizá sí, deba recurrir a métodos de gobierno extremadamente autoritarios, deba suprimir realmente las libertades que hoy tolera, deba, en fin, convertir a los proletarios en carne de cañón en cualquier enfrentamiento interburgués. Y para todo ello, el adoctrinamiento democrático, electoral y parlamentario de los últimos cuarenta años le será de gran ayuda.

En el esperpento electoral de estos años, los proletarios no deben ver otra cosa que todas las fuerzas de la clase enemiga coaligadas para imponerle el respeto al Estado burgués, su legalidad y sus instituciones. Cuanto más se habla de democracia, cuando más intensos son los llamados a la participación electoral, más necesita la burguesía que el proletariado se olvide de sus verdaderas necesidades, que sólo pueden ser satisfechas mediante la lucha de clase, para dar su apoyo, en forma de defensa de un candidato u otro, al orden capitalista. Así sucedió en 1978, cuando la crisis económica mundial forzó a la burguesía parapetada durante varias décadas detrás de Franco, a establecer un régimen parlamentario que pudiese facilitar la colaboración entre clases. Y así sucede hoy, cuando una crisis aún más fuerte, ha barrido el orden de entonces.

Para los proletarios de hoy y de mañana sólo hay un dilema: o se acepta el juego democrático y se fortalece con ello el dominio de clase burgués, o se lucha sobre el terreno de clase.

¡Por el retorno de la clase proletaria al terreno de la lucha de clase, anti-democrática, antiparlamentaria y anti-electoral!

¡Por la reconstitución del partido comunista internacional e internacionalista!

20 de abril de 2019

Partido Comunista Internacional
(El Proletario)

Elecciones «europeas» del 26 de mayo:

**¡Contra el capitalismo, contra la Unión Europea, contra todos los estados burgueses!
¡Por el retorno a la lucha proletaria fuera del circo electoral y sobre el terreno de clase!**

Desde hace unas semanas, los electores de los países de la Unión Europea son llamados a votar para renovar el «Parlamento Europeo»; en Bélgica y en Italia estas elecciones se unen a las administrativas, mientras que en España coinciden con la mayor parte de las autonómicas (sólo Cataluña, Valencia, País Vasco y Andalucía las han celebrado o las celebrarán en fecha diferente) y a las municipales.

A la derecha como a la extrema derecha y a la izquierda como a la extrema izquierda, todas las fuerzas políticas presentes en la «escena política» se han movilizadado para participar en las elecciones –y para hacer participar a los proletarios. Las fuerzas que no han podido presentar a sus propios candidatos participan en la campaña apoyando a los candidatos de otras listas. Por ejemplo en Francia el NPA (Nuevo Partido Anticapitalista) llama a votar por LutteOuvrière, en Bélgica el PSL (Partido Socialista de Lucha) llama a votar al PTB (Partido de los Trabajadores Belgas), en Italia decenas de organizaciones que se reclaman del nombre «comunista» o de «izquierda», apoyan a partidos que tienen ya diputados europeos, como es el caso del Partido Comunista (escisión de Refundación Comunista) afiliada a la Iniciativa Comunista Europea, que cuenta con dos eurodiputados del KKE (Partido Comunista Griego)

También se presentan a estas elecciones los adversarios de la Unión Europea, como en Gran Bretaña Nick Farage y su BrexitParty, en Francia el UPR (la Unión Popular Republicana) de Aselineau, que predica el «Frexit» (salida de Francia de la Unión Europea), en Italia el renacido Partido Comunista Italiano y, en España, el Partido Comunista de los Trabajadores de España (PCTE)

Aparte de sus diferencias y de sus oposiciones, todos están de acuerdo en difundir la propaganda burguesa según la cual las elecciones son el medio para decidir la política de los Estados (o de la Unión Europea en su conjunto) y, para los proletarios, el medio para obtener satisfacción a sus reivindicaciones esenciales o, al menos, para «parar» las políticas antiobreras «deseadas» por los partidos de derecha o de extrema derecha.

En realidad, la política de los Estados no está determinada por las papeleas electorales ni por los políticos que en un momento dado se encuentran en los puestos dirigentes, sino por los intereses del capitalismo y, más concretamente, por los grupos de capitalistas más potentes. El sistema electoral democrático, perfeccionado en el curso de largos decenios, sirve como desviación y pararrayos de los enfrentamientos de clase; el mismo Estado, pilón y fuerza armada del sistema capitalista y del dominio burgués, se ha revestido poco a poco de una cara «social» para presentarse como una institución «neutra», por encima de las clases. En los países capitalistas más ricos, este sistema «democrático» ha podido funcionar durante largo tiempo sin demasiadas sacudidas; ha asegurado a los capitalistas, en efecto, la **paz social** necesaria para el funcionamiento de sus empresas y de su economía, gracias a la distribución de las migajas de sus beneficios bajo la forma de «amortiguadores sociales» o de incentivos salariales para algunos estratos proletarios.

Pero el agotamiento inevitable del crecimiento económico, el agravamiento de la competencia en el mercado mundial saturado de mercancías y el estallido periódico de crisis económicas que son su consecuencia, fuerzan necesariamente a los capitalistas a retirar las concesiones acordadas a los proletarios en los periodos de expansión, a aumentar la explotación y a multiplicar los ataques antisociales en las más diversas formas: para ellos no hay otra solución que aumentar la extorsión de cada vez mayores beneficios al trabajo asalariado y reducir los gastos llamados «improductivos» que benefician a los proletarios. Los políticos, no importa si son de derechas o de izquierdas, dado que son todos defensores declarados del capitalismo (bajo el nombre de «economía nacional») no pueden sino plegarse a esa imperiosa presión. Y las direcciones sindicales, indisolublemente ligadas a la colaboración con los patrones y el Estado, no pueden sino sabotear todas las reacciones proletarias.

Estas fuerzas son particularmente insidiosas cuando se presentan con la imagen «de izquierdas»; sostienen que las orientaciones llamadas «soberanistas» atribuidas a «Europa», son responsables de la degradación de las condiciones de vida y de trabajo de las poblaciones; en realidad, no hacen sino colocar a los proletarios, de otra manera, a remolque de los intereses burgueses –más concretamente de los sectores económicos más débiles y más dependientes de la protección del Estado. España constituye un caso paradigmático de este engaño: siendo un país cuya economía depende del sector exterior en mucho mayor grado que la de las principales potencias europeas, el discurso anti europeísta está completamente ausente de los programas de izquierda (y de derecha, véase Vox). Estos son completamente conscientes de que la economía nacional española depende completamente del mercado único de mercancías y capitales y de ninguna manera osan incluir entre sus exigencias la salida de la Unión... algo que no les impide marchar juntos con las corrientes anti europeístas de los demás países haciendo gala de una hipocresía sin límites.

«Europa» no es sino un cártel de Estados burgueses constituido para defender su mercado «interno» frente al resto de Estados capitalistas, para adquirir más fuerza en el mercado mundial y para reforzar su dominio imperialista sobre países más débiles. Las decisiones de «Europa» son presa de los Estados que la componen, más allá de los tratados; su «ley fundamental» no es otra que la ley del capitalismo: explotación y dominio burgueses. «Europa» no puede ser reformada para volverse más «social», de la misma manera que no pueden serlo los Estados que la componen.

En un periodo de dificultades económicas crecientes, ciertos grandes Estados, como Gran Bretaña, pueden estimar que les irá mejor saliendo de la Unión Europea. Los proletarios no deben tomar parte ni por una ni por otra opción –soberanismo nacional o europeo– porque ambas son soluciones burguesas: en lugar de ello, ¡deben combatir a la burguesía y a su Estado y, en ninguna circunstancia, bajo ningún pretexto, apoyarlos!

Sean cuales sean los diversos programas que se proponen, más o menos detallados, las promesas más o menos confusas, las soluciones más o menos argumentadas, los partidos en liza participan en el terreno político burgués reforzando de esta manera la mistificación electoral –incluyendo a aquellos que se presentan reconociendo que las elecciones no cambian nada (como, por ejemplo, «LutteOuvrière» en Francia o el PCTE en España)

En realidad, todos son **adversarios** de la única vía que puede permitir a los proletarios defenderse eficazmente contra los capitalistas y su Estado, con la perspectiva de tener fuerza para liquidarlo: la **lucha de clase** abierta, con organizaciones independientes del colaboracionismo y utilizando los medios y los métodos clasistas de lujan sobre la vía de la reconstitución del partido revolucionario proletario, internacionalista e internacional.

**¡No al circo electoral!
¡Abajo la Unión Europea y todos los Estados burgueses!
¡Por la lucha de clase proletaria contra el capitalismo!
¡Por la revolución comunista internacional!**

¿Movilizarse para «salvar el clima» o luchar...

(viene de la pág. 1)

Las declaraciones del movimiento se dirigen a los Estados llamándoles a «asumir sus responsabilidades»; En Bélgica las movilizaciones se basan en el calendario de las elecciones europeas. Greta Thunberg ha sido recibida por Macron, congratulándose con Merkel que la ha invitado al foro de Davos (Suiza) donde se han reunido los mayores capitalistas y los líderes más influyentes del mundo. En Francia, el Ministro de educación Blanquer ha decidido organizar, el 15 de marzo, «en todas las escuelas superiores de Francia» debates sobre el medio ambiente, etc.; y en Italia, el presidente de la República Mattarella, uniéndose a las palabras del Papa Francisco pronunciadas a comienzos de este año («los Estados se empeñan en el calentamiento global»), prevé que «estamos al borde de una crisis climática global. Hay acuerdos internacionales, pero hasta ahora son insuficientes»...

Estos ejemplos muestran que este movimiento no es mal visto por los líderes burgueses. ¿Y por qué debería serlo?

Se critica la «inacción de las autoridades públicas», es decir, de los «adultos», no se pone en discusión la organización política y económica de la sociedad, contando, al contrario, con las estructuras políticas existentes para que actúen, llamándolas, incluso a las multinacionales, a movilizarse por el clima. Ignorando del todo la existencia de las clases sociales y la lucha de clase, este movimiento se fía de la buena voluntad y la conciencia de la gente para «preservar la humanidad». No comprende que en el actual modo de producción, el capitalismo, ¿cuenta con preservar los beneficios! No son ni la incapacidad ni la irresponsabilidad de los gobiernos las que crean los desastres en el medio ambiente, sino la loca carrera hacia el beneficio que ninguna empresa capitalista puede evitar, y a la cual ningún Estado burgués puede dar la espalda. Es una triste utopía creer y hacer creer que las huelgas en las escuelas superiores y las manifestaciones periódicas, aún si cuentan con numerosos participantes, o las discusiones con los líderes del mundo, con portavoces «conmovedores», podrán cambiar esta realidad.

¿SALVAR EL PLANETA??

Los ambientalistas, jóvenes o no tanto, sostienen por su parte que es necesaria una acción urgente para «salvar el planeta» (2), esta «emergencia» es avanzada para justificar el uso de cualquier medio a su disposición —es decir, los medios puestos a disposición por el propio sistema político burgués. En realidad el planeta no está, obviamente, amenazado por el cambio climático: incluso si la temperatura aumentase algunos centenares de grados, el planeta estaría allí.

¿Acaso quieren hablar de la especie

humana? Aun así, la humanidad, nacida en las regiones tropicales o subtropicales, podría soportar un aumento de la temperatura.

A lo largo de su historia, el planeta ha sufrido significativas variaciones de temperatura. No sólo ha habido épocas mucho más cálidas, sino también épocas mucho más frías. Periodos de glaciaciones, que han durado desde 50 a 100.000 años, separados por periodos interglaciales que han durado de 10 a 20.000 años, se han sucedido desde hace al menos 60 millones de años. Las causas de estas variaciones climáticas no son conocidas. Actualmente nos encontramos, desde hace aproximadamente 15.000 años, en un periodo interglacial.

El calentamiento, en la historia milenaria de la tierra, ha tenido efectos importantes para la humanidad; no solo le ha permitido migrar hacia zonas que antes estaban heladas, sino sobre todo ha permitido el nacimiento y el desarrollo de la agricultura y, por lo tanto, la sedentarización de la población. El crecimiento demográfico que siguió a ella llevó al nacimiento de las primeras civilizaciones, un fenómeno que se verificó a la vez en todo el mundo. Es de señalar que este calentamiento no estuvo exento de variaciones, con periodos un poco más cálidos y otros un poco más fríos (3).

Pero la peculiaridad de la fase de calentamiento actual viene dada por el hecho de que es en gran medida el resultado no de la «actividad humana» en general, como dicen los medios de comunicación, sino del propio desarrollo capitalista. Además de la destrucción ambiental, la producción capitalista ha comportado la emisión de gas de «efecto invernadero» (4) en cantidades importantes que influyen al clima global provocando un aumento del calentamiento en curso.

LA BROMA DE LOS ACUERDOS POR EL CLIMA ENTRE ESTADOS

En tanto que los líderes de la mayor parte de los países del mundo han acabado por aceptar los límites a las emisiones de estos gases, durante las conferencias internacionales sobre el clima existentes desde los años '70 (la famosa «COP»). Los expertos, en fin, les han convencido de que si se llega a un cierto aumento de los grados, el calentamiento global provocará crisis económicas, guerras, migraciones de poblaciones, etc. Por lo tanto, para ellos, no es el planeta o la humanidad lo que está amenazado, sino el buen funcionamiento del capitalismo.

Esto explica la firma en 2015 de los acuerdos de París, en la COP 21, y acciones similares, y no la improvisada preocupación por preservar la naturaleza por parte de los líderes burgueses. Los ambientalistas lamentan justamente que los empeños tomados en 2015 en la COP son insuficientes y no vinculantes; por otro lado, como sabemos, los Estados Unidos con Trump se han retirado del acuerdo. Mientras el

calentamiento climático, un fenómeno mundial, requiere una respuesta unitaria a nivel global, los Estados no logran alcanzar ni un mínimo de acuerdo y así los acuerdos verbales suscritos no son respetados nunca (5). En consecuencia, durante la COP 24 del pasado diciembre en Polonia, los participantes han renunciado a fijar tareas precisas.

Fundamentalmente, no hay nada de sorprendente en la política de los Estados burgueses: los capitalistas no aceptarán, sin más, medidas que aunque les beneficien a largo plazo, a corto plazo les implican obstáculos para sus beneficios.

Por lo que respecta al gobierno de Trump, este ha comenzado una política agresiva de revitalización de la potencia económica americana; no podía y no puede, no ceder a las peticiones de los sectores capitalistas, como el del petróleo, el carbón y otras industrias, que encuentran intolerable limitar o controlar su producción (6). Esta es la demostración rampante de que es ilusorio que el capitalismo pueda autorregularse por el bienestar de la humanidad.

SÓLO LA DESTRUCCIÓN DEL CAPITALISMO ACABARÁ, AL MISMO TIEMPO, CON LOS ATAQUES AL CLIMA Y AL MEDIO AMBIENTE, CON LA MISERIA, LA OPRÉSION Y LAS MASACRES CONTINUAS CON LAS QUE SALPICA TODA LA HISTORIA

Los jóvenes ecologistas que se manifiestan para «salvar el clima» no se preocupan de la explotación, de la opresión y de la precariedad que sufren los proletarios y las masas desheredadas del mundo. Tienen la suerte de vivir en una sociedad que no conoce directamente la guerra o las situaciones de extrema pobreza. Se puede, por lo tanto, entender que sean fácilmente captados por la ideología democrática dominante para la que no existe oposición de clase y para la cual la sociedad actual es la única posible, y los movimientos pacíficos de opinión los únicos medios para obtener resultados haciendo presión de manera delicada sobre «los que deciden».

Pero ni el antagonismo entre las clases, ni la miseria y la opresión están ausentes de las opulentas sociedades europeas. Los jóvenes, al menos aquellos que provienen de las clases asalariadas, se darán cuenta tan pronto como entren en el mundo del trabajo. Con toda probabilidad, la preocupación profunda por este futuro está en la base de sus actuales movilizaciones, más que por el clima.

De cualquier modo, frente a la implacable realidad de la explotación capitalista, los jóvenes entenderán que no hay otra solución a todos los males de esta sociedad que la destrucción de este modo de producción. Descubrirán que la lucha para resistir a los continuos ataques del capitalismo, la lucha para combatir sus crímenes de cualquier tipo, no puede ser una lucha «común a to-

¡Una jornada de lucha proletaria que sólo podrá revivir volviendo a batirse sobre el terreno del antagonismo de clase en defensa exclusivamente de los intereses de clase proletarios!

¡Proletarios!

El Primero de Mayo, gracias a la obra llevada a cabo durante varias décadas por el oportunismo pequeño burgués ha perdido completamente el significado proletario y de batalla que el proletariado revolucionario de comienzos del siglo XX le había impreso sobre la onda de las gloriosas y tenaces luchas contra el capitalismo y contra cualquier burguesía dominante.

El Primero de Mayo se ha transformado, ya desde hace mucho tiempo, en un día de fiesta como lo es cualquier domingo. La única pequeña ventaja, para los proletarios que no hacen su turno ese día y que no están obligados a trabajar en las empresas que les explotan por pura necesidad de sobrevivir, es que es un día en el que no se va a trabajar para el patrón. Desde hace años, las manifestaciones organizadas por los sindicatos colaboracionistas son únicamente inútiles e impotentes procesiones en las cuales se alzan himnos al derecho al trabajo –derecho sistemáticamente conculcado– y a la paz social –que es cómoda únicamente para los capitalistas porque significa explotar la fuerza de trabajo asalariada sin ninguna resistencia por su parte.

La clase burguesa dominante, con la colaboración activa de las asociaciones pequeño burguesas, de los partidos oportunistas y de los sindicatos colaboracionistas celebra así, cada año, no sólo la sumisión del proletariado a su dominio y a las exigencias del capitalismo, sino también a la participación de los esclavos asalariados en la fiesta del Capital. El Primero de Mayo, en realidad, de ser un día de lucha de todos los proletarios que se encontraban unidos en un único frente de clase se ha transformado en una jornada de fiesta para el Capital,

precisamente porque los proletarios, en vez de rechazar el apoyo a la economía empresarial y nacional a través de las reformas y la colaboración para lograr una mayor productividad y competitividad, se han pliegado a las exigencias de la economía capitalista y de la sociedad burguesa levantada sobre esta.(...)

¡Proletarios

El nacimiento de la nueva sociedad, que el marxismo ha llamado *comunismo*, como sucede en cualquier parto, no será indoloro. Será el resultado de un proceso revolucionario que verá a los dos antagonistas principales de la sociedad burguesa, proletariado y burguesía, enfrentarse por la vida o por la muerte. De hecho, ¡fue en la perspectiva de la revolución proletaria y comunista que nació el Primero de Mayo rojo, el Primero de Mayo proletario!

La burguesía, con el gran poder que ahora posee, no tiene miedo de sus propias contradicciones, de sus propias crisis, de las desigualdades que genera continuamente. No tiene ningún miedo de desencadenar una lucha de competencia en el terreno mundial que provoque miseria y desastres en tantos países; no tiene miedo, cuando la lucha de competencia se hace tensísima y no encuentra salidas, de desencadenar guerras locales o mundiales. Ha sucedido continuamente y sucede aún hoy. No tiene miedo del movimiento obrero organizado o de sus luchas, como sucedió con los motines del Berlín en 1953, en 1956 en las luchas húngaras, con las huelgas de los mineros americanos o ingleses, en las grandes huelgas del '68 en Francia, en

las huelgas de los años a caballo de 1970 en Italia y Alemania, en el gran movimiento de las huelgas polacas de 1980; y tanto menos tiene miedo de los atentados de los grupos de lucha armada de la extrema izquierda en Italia, Francia, Alemania o España. La burguesía no tiene ningún miedo de los movimientos del fundamentalismo islámico que en los últimos treinta años han sometido a una dura prueba a las fuerzas del orden, a los servicios secretos y a los ejércitos, incluso, de los países más potentes como los Estados Unidos y Rusia. Estos movimientos o han sido desviados y vueltos impotentes por la obra capilar del oportunismo estalinista y socialdemócrata, que dicen poder favorecer a los intereses proletarios con las reformas burguesas, o son únicamente movimientos pequeño burgueses y burgueses que han tratado y tratan de insertarse violentamente en la lucha de competencia entre los ladrones más fuertes con el fin de hacerse con una parte de las fuentes de riqueza capitalista. De lo que la burguesía tiene verdadero miedo es del despertar de clase del proletariado. Del hecho de que los proletarios vuelvan a las tradiciones revolucionarias de un tiempo, de que se organicen independientemente de las fuerzas de la conservación social tanto sobre el terreno económico inmediato como sobre el terreno político más general; el hecho de que los proletarios reencuentren en su lucha la única arma con la que oponerse verdadera y eficazmente a la competencia entre proletarios que la burguesía alimenta sistemáticamente: **¡la solidaridad de clase!** El Primero de Mayo proletario ha sido el símbolo de esta solidaridad de clase: en esta jornada los proletarios de cualquier edad, sexo, sector laboral, nacionalidad,

(*sigue en pág. 10*)

¿Movilizarse para «salvar el clima» o luchar...

(*viene de la pág. 8*)

dos», una lucha por intereses aparentemente «generales», sino que sólo puede ser una lucha de clase, la lucha del proletariado: porque es la clase de aquellos que no tienen nada que perder, de aquellos que no tienen ningún interés que les ligue a la supervivencia del capitalismo. El proletariado es la única clase en condiciones de acabar con el capitalismo y abrir la vía a un futuro sin clases y sin Estados, el comunismo, en el cual la humanidad vivirá en armonía con la naturaleza.

Dándose cuenta del *impasse* que representa el reformismo ecologista interclasista, podrán empeñarse con todos sus compañeros de clase en la lucha por la revolución comunista internacional.

NOTAS

(1) En Francia, los estudiantes y las organizaciones estudiantiles UNEF, FAGE, UNL, FIDL, SOLIDARIES, MRJC, Scouts de Francia, etc. llaman a esta huelga: una curiosa unanimidad que no se vio cuando se trataba de oponerse a la reforma escolar de Blanquer.

(2) Ver por ejemplo las declaraciones de Redfoz, la organización juvenil del PTB (Partido del Trabajo Belga): «Estas son medidas radicales de las cuales tenemos necesidad si se quiere salvar nuestro planeta. Imponer normas a los mayores contaminadores... Hoy y no mañana». Ver https://fr.redfox.be/climat_solutions_individuels_ou_collectives. Imponer límites de polución para salvar el planeta: raramente el reformismo ha sido tan estúpido.

(3) La última glaciación, llamada «pequeña era glacial», duró caso 500 años, desde aproximadamente 1350 hasta 1850 y se extendió por todo el planeta. Fue posterior al «optimum climático medieval» que tuvo lugar al inicio del año mil, cuando las

temperaturas eran más altas que ahora. Hubo también un «optimum romano» que duró algunos siglos.

(4) El «efecto invernadero» permite al planeta conservar el suficiente calor irradiado por el Sol para ser habitable. El planeta Marte tiene una atmósfera demasiado fina para producir un efecto invernadero suficiente y las temperaturas son extremadamente bajas (-60° de media); mientras Venus, con una atmósfera más densa, conoce un efecto invernadero que lleva a una temperatura media, en el suelo, de 470°. Por eso ambos planetas son inhabitables.

(5) El informe del «Observatorio sobre el clima y la energía» publicado el pasado otoño, muestra que Francia, que tenía sobre todo un papel de primer orden a la hora de asumir tareas específicas para reducir las emisiones de gas invernadero en la COP 21, no las ha respetado. No es un caso aislado: los otros países europeos, los Estados Unidos, Brasil, Rusia, China, etc. están en igual situación.

(6) Son estas empresas capitalistas, como la petrolera ExxonMobil, las que financian los estudios en EE.UU. que cuestionan el problema del calentamiento global. Cfr. Latribune.fr 16/16/2016

(viene de la pág. 9)

ocupados, desocupados, se unían en manifestación reivindicando la misma lucha contra los capitalistas, sin importar si eran capitalistas privados o públicos, pequeños o grandes, respetuosos de las leyes o criminales. Hoy, gracias a la obra derrotista y corruptora de las fuerzas de la conservación social travestidas de «fuerzas trabajadoras», sean estas sindicales o políticas, no sólo el Primero de Mayo, sino cualquier otra manifestación «obrera», se han transformado en un himno a la unión nacional, a la colaboración de clase: ¡la fiesta del Trabajo se ha convertido en fiesta del Capital!

No es por casualidad que la clase burguesa dominante gasta tantos recursos y tantas energías para ilusionar, engañar, desviar a la clase del proletariado: es sólo de esta clase, de la clase de los sin reservas y de los sin patria de la que puede emerger el verdadero peligro histórico su poder. Basta imaginar qué sucedería si todos los proletarios, no sólo de un sector económico, sino de todos los sectores y de toda una nación hiciesen una huelga general, sin preaviso y sin límites de tiempo, determinados a obtener satisfacción a sus reivindicaciones incluso más elementales. El sistema económica general se detendría, la máquina de producción y reproducción del capital no funcionaría a pleno ritmo, los beneficios se hundirían, una buena parte de los capitalistas nacionales se arruinaría, la economía nacional entraría en una crisis profunda. La clase dominante burguesa usaría todas sus fuerzas de represión para someter de nuevo a los proletarios a la disciplina de la fábrica haciéndoles volver al trabajo, desencadenaría cualquier tipo de chantaje en sus enfrentamientos y llamaría en su ayuda a los burgueses de otros países; también los proletarios de otros países serían llamados, y empujados, a la solidaridad de clase, y el antagonismo de clase se transformaría en «guerra de clase». Lo que estaría en juego no serían ya las reivindicaciones económicas inmediatas, sino el mismo poder político: o poder burgués o poder proletario. Todo esto puede ser tomado por una película, por un sueño, lejano, a miles de kilómetros de la realidad actual. Pero es una película que los burgueses han visto en 1871 en París, durante la guerra entre Francia y Prusia y, en 1917, en plena guerra mundial. No es, por lo tanto, algo inverosímil.... Entonces había un movimiento proletario en pie, organizado sobre el terreno de clase, había una experiencia de luchas pasadas y movimientos y partidos políticos obreros influyentes sobre la clase proletaria. Derrotado el movimiento revolucionario proletario de los años a caballo de 1920, la contrarrevolución burguesa y estalinista llevó al movimiento proletario, no sólo europeo sino mundial, al cauce de la colaboración de clase que ya el fascismo había experimentado eficazmente. Desde entonces, el movimiento ha estado plegado, a veces con facilidad, a veces mediante la violencia, a todas las exigencias de las propias burguesías nacionales, ya sea para la reconstrucción postbélica, como para las empresas coloniales y en la represión de los motines anticoloniales, o en las guerras sucias

en Corea o Camboya, en Vietnam, Congo, Centro América, Angola, Mozambique, en todo el Medio Oriente, en el Centro de América, en Angola, en Mozambique, el Medio Oriente, el Cuerno de África, el África Subsahariana, en los Balcanes, en el Cáucaso, en Afganistán... en suma, en cualquier parte del mundo donde los países imperialistas decidían que era necesario defender sus propios intereses de ladrones.

No hay duda de que hoy, dadas las condiciones de sometimiento de todas las organizaciones sindicales obreras y de los partidos considerados «socialistas» o «comunistas» al poder burgués, el proletariado no está, en absoluto, en condiciones de ir a la lucha, ni siquiera para defender las propias condiciones elementales de vida y de trabajo. El trabajo del colaboracionismo político y sindical ha sido realmente muy, muy eficaz; los burgueses pueden estar satisfechos, y lo están, con poder contar con una amplia capa de lacayos que realizan su trabajo de confusión, ilusión y desviación de los proletarios con el fin de que no tomen la vía de la lucha de clase.

¡Proletarios!

El Primero de Mayo podrá volver a ser una fecha de lucha solidaria del proletariado de cualquier país sobre el terreno de la defensa inmediata y de las reivindicaciones políticas clasistas sólo cuando la lucha obrera parcial, de fábrica, de sector, sea conducida con métodos y medios clasistas, por lo tanto rompiendo claramente con las prácticas colaboracionistas y con las ilusiones inculcadas por la fuerza por el oportunismo político y sindical de que es posible defender eficazmente con los medios ofrecidos por la burguesía: el diálogo, los tratos, la negociación sobre la base de la colaboración entre clases. La paz social es un objetivo importante para los oportunistas, porque en la paz social ellos, desplegando sus artes de negociación y de contratación, pueden justificar, a los proletarios, su función de «delegados obreros» ante los patrones y el Estado y, a los burgueses, su función de bomberos ante los proletarios. Desde el punto de vista de la lucha de clase, *romper la paz social* no quiere decir tanto manifestar la rabia acumulada en el tiempo por las consecuencias de las condiciones intolerables de vida y de trabajo, explotando en actos de fuerza y respondiendo con la propia violencia a la violencia de la represión (patronal o estatal, siempre con violencia represiva), sino adoptar sistemáticamente métodos y medios de lucha coherentes con la defensa intransigente de todas las clases sociales. Para llegar a este nivel de lucha obrera es evidente que son necesarias organizaciones *clasistas independientes* de las exigencias de la patronal y del Estado, que estén en condiciones de perdurar en el tiempo y de acumular las más diversas experiencias de lucha y sacar las lecciones de las derrotas de manera que no se parta, cada vez, de cero. Pero para organizarse de manera independiente de cualquier fuerza y práctica oportunista y conservadora, es necesario comenzar por rechazar las prácticas colaboracionistas, los métodos y medios de la lucha impotente indicados por los sindicatos colaboracionistas, unir desde abajo las exigencias proletarias inmediatas y organizarse sobre plataformas de lucha

que las pongan como prioridad. La reorganización de clase no podrá nunca ver la luz si no se parte de las exigencias elementales de vida y de trabajo del proletariado, incluso en el medio parcial y local, y si no se resiente en el tiempo también frente a los fracasos y las derrotas, con la conciencia de que «la unión hace la fuerza», sólo si esta unión se basa en el empuje material de aceptar una realidad que es ocultada sistemáticamente por burgueses y oportunistas: *el antagonismo de clase*, un antagonismo sobre el cual la burguesía funda su acción contra el proletariado, incluso cuando lo oculta bajo los vestidos de los intereses «comunes». La reorganización de clase del proletariado deberá contar únicamente con las fuerzas sanas del proletariado y podrá contar siempre, en cualquier circunstancia de altas o bajas de la lucha, con el partido de clase, el partido comunista revolucionario, que es el órgano consciente de la lucha de clase del proletariado internacional. La visión política general manifestada por el partido de clase vincula las luchas sobre el terreno inmediato y las luchas políticas inmediatas del proletariado tanto a las luchas proletarias y revolucionarias del pasado como a las luchas proletarias futuras: es el único vínculo histórico válido que el proletariado tiene a su disposición como clase, y como clase revolucionaria en particular, aun cuando durante largos periodos de tiempo no ha sido una clase revolucionaria.

Luchar por la disminución drástica de la jornada de trabajo; por el aumento del salario; por el salario completo para los despedidos, los desocupados y los pensionistas; por la paridad salarial, a igual trabajo, tanto para hombres y mujeres como para trabajadores autóctonos y trabajadores extranjeros; por una limitación consistente de los ritmos de trabajo y de la acumulación de tareas laborales; por la defensa de la salud en el trabajo; contra la falta de medidas de seguridad y contra la nocividad: son algunas de las reivindicaciones de carácter general que interesan a todos los proletarios, no importa si son hombres o mujeres, pertenezcan al sector laboral que sea o tengan una u otra nacionalidad. Cualquier reivindicación, incluso mínima, que no pueda ser compartida por la burguesía y la pequeña burguesía, y que vaya contra la competencia entre proletarios, es en realidad un punto a favor de la unificación de clase del proletariado, es un punto fuerte *de más* para la lucha proletaria y un punto fuerte *de menos* para la patronal y la burguesía. Y entre los medios de lucha clasista no podrán faltar nunca las declaraciones de huelga sin preaviso y sin límites así como las varias acciones que se consideren oportunas en determinadas situaciones para la defensa de la huelga y de los huelguistas frente a las acciones de esquirolaje y represión policial. Naturalmente, la organización proletaria de clase no aceptará nunca que formen parte de ella quienes no sean proletarios, trabajadores asalariados puros, ocupados o desocupados, hombres o mujeres, autóctonos o extranjeros, porque que una organización de clase sea compacta se logra solo cuando es *exclusivamente clasista*. Además, la filiación y la participación en las organizaciones de

clase, para ser legales, deben someterse al control económico y personal de la patronal o del Estado: independencia absoluta, por tanto, también desde este punto de vista.

Hacer pasar reivindicaciones de este tipo en los aparatos sindicales colaboracionistas es prácticamente imposible. Esto no quiere decir que los proletarios combativos, aún no siendo comunistas revolucionarios, no puedan presionar sobre los sindicatos en los que están inscritos para que la lucha de fábrica tome una dirección de clase y no oportunista. Queda en pie el problema de la formación de un asociacionismo económico de signo exclusivamente proletario y de clase; los pasos para llegar a este objetivo pueden partir tanto del exterior de los sindicatos colaboracionistas como de su interior, pero en este último caso sólo a través de una ruptura con las prácticas colaboracionistas.

La vía para la reanudación de la lucha de clase y para la reorganización clasista del proletariado es inevitablemente larga, difícil y llena de riesgos. Puede ser

desviada tanto con los medios tradicionales del oportunismo colaboracionista, como a través de movimientos sociales que emergen del malestar general que golpea no sólo al proletariado sino, también, a los estratos pequeño burgueses. Sucedió con los movimientos del '68, sucedió con los movimientos anti nucleares de los años '70, sucedió con los movimientos feministas de los años '70-'80 y puede suceder hoy con el recién nacido movimiento contra el cambio climático. Todos ellos son movimientos que, partiendo de un malestar real, económico, social, ambiental, tienden a representar no intereses de clase, sino intereses «comunes» a todas las clases sin poner en discusión la estructura misma de la sociedad capitalista. El mecanismo que opera en estos movimientos es el mismo mecanismo ideológico que pone la defensa de la democracia contra cualquier totalitarismo, la defensa de la paz contra cualquier guerra, la defensa de la civilización contra cualquier «incivismo», mecanismo que acaba

antes o después en la defensa de la patria contra cualquier «agresor» justificando así la guerra de la propia clase dominante burguesa.

La dirección que debe tomar la lucha proletaria y el movimiento proletario es una dirección de clase, si no quiere continuar dependiendo totalmente de la ideología burguesa dominante y de las exigencias económicas, sociales, políticas y militares de la burguesía de su propio país. El *Manifiesto* de Marx-Engels de 1848 termina con un grito de batalla en absoluto genérico o populista: **Proletarios de todos los países, ¡uníos!**

¡Por un futuro Primero de Mayo rojo!

¡Por la reanudación de la lucha de clase en cualquier país!

¡Por la reorganización de clase del proletariado de cualquier país!

¡Por el partido comunista revolucionario!

26 abril 2019 - www.pcint.org

La huelga del metal en Vizcaya

(viene de la pág. 1)

sector del metal vizcaíno, CC.OO., UGT, ELA y LAB, promovieron la movilización de todos los sindicatos (CGT, CNT, USO...) detrás de una plataforma reivindicativa unitaria ante la paralización de las negociaciones del Convenio Colectivo. Esta plataforma, que resume las exigencias sindicales en la mesa de negociación con la patronal del sector, parte de la situación de un sector en el cual el Convenio colectivo lleva caducado varios años, por lo que no se han realizado revisiones salariales para ajustar las remuneraciones a la evolución del coste de la vida, no se han tomado en cuenta medidas legales referentes a las reformas laborales, etc. Las reivindicaciones generales son las siguientes:

Subida salarial: Se diferencian dos apartados. Por una parte se pide una subida del IPC+ 2% para las tablas de mínimos del sector, y por otra parte IPC+1% para los trabajadores y trabajadoras que tengan salarios por encima de los mínimos establecidos en convenio. Para el 2018, se pide que además de la subida se den atrasos.

Duración de la Jornada – Reducción de 8 horas.

Medidas que limitan la eventualidad y contratación vía ETT. Establecer unos periodos máximos para contratación vía ETT.

Limitación de la aplicación de la flexibilidad en empresas con altas tasas de eventualidad.

Subrogación para subcontratas de puestos estructurales.

Medidas que avancen en la igualdad de género.

Medidas para primar la salud laboral.

Adecuar el contenido del convenio, incorporando mejoras legales que se han dado después de la firma del mismo, eliminando el lenguaje sexista.

Blindaje ante la reforma laboral, cláusula contra inaplicación, ultractividad indefinida.

Desde la apertura de las negociaciones entre la patronal (Federación Vizcaína de Empresas del Metal – FVEM) y los sindicatos en el mes de mayo, las posiciones entre los «agentes negociadores» se mostraron difíciles de conciliar, con lo que en el mes de junio se convocó una huelga de cinco días para todos los trabajadores de la provincia. Durante esta huelga, que tuvo un seguimiento mayoritario entre los trabajadores, tuvieron lugar manifestaciones masivas, piquetes en las puertas de las grandes fábricas, cortes de carretera, enfrentamientos con la policía, detenciones por parte de esta, etc. Durante todas las jornadas, fue notable la sensación de unidad que transmitieron en la calle los trabajadores del metal, imponiendo desde las grandes empresas, donde la concentración proletaria da una fuerza mayor, el paro a las pequeñas en las que los trabajadores se encuentran aislados, solidariándose con los represaliados y detenidos, etc.

Tras los cinco días de huelga, se vuelve al trabajo, entre amenazas por parte de los sindicatos de volver a convocar huelgas una vez pasadas las vacaciones de verano, como finalmente se ha hecho... Después de mantener parada la actividad económica de prácticamente toda la provincia, el retorno a las fábricas sin haber conseguido

nada, justo cuando la fuerza en la calle y en las fábricas resultaba ser mayor...

La historia del metal de Vizcaya, de traición en traición...

El sector del metal ha sido y aún es, aunque en menor medida que en un pasado no muy lejano, el corazón de la industria vasca. De hecho, es de los pocos sectores industriales que pueden llamarse «tradicionales», que conserva un peso sustancial en la vida económica y social de una región. Mientras que en el conjunto de España el peso proporcional del metal ha pasado de constituir un 28% del Producto Interior Bruto (años '80) a ser tan sólo un 17% (2016), en el País Vasco todavía no ha bajado del 20% del PIB local, empleando al 80% de los trabajadores del ramo industrial, según los datos de la patronal.

Durante los años más duros de la reciente crisis capitalista, el sector del metal en el País Vasco ha despedido (bajo cualquier fórmula de despido) a más de 35.000 trabajadores, pasando de ocupar a 156.000 a sólo 120.000, correspondiéndole su parte proporcional en este descenso al metal vizcaíno. A este drástico descenso en las cifras de empleo, le corresponde un deterioro en las condiciones laborales tanto en lo referido a los aspectos legales de las mismas (alta tasa de temporalidad, predominio de la subrogación como forma de relación laboral, etc.) como al día a día que se vive en los puestos de trabajo (incremento de la presión y de las exigencias productivas, represión laboral, etc.). Es por esto que, si bien el sector del metal en Vizcaya continúa teniendo un peso excepcional tanto en la vida económica de

(sigue en pág. 12)

La huelga del metal en Vizcaya

(viene de la pág. 11)

la región como entre los propios proletarios que tienen en los obreros metalúrgicos la punta de lanza de su clase, su importancia va disminuyendo y, con ella, la propia fuerza de una clase proletaria que un día estuvo siempre presta a la lucha y que hoy ve cómo sus condiciones de vida se deterioran a pasos agigantados.

Las propias empresas del metal de Vizcaya (Arcelor, Forjas Unidas, Ferraser...) recuerdan inevitablemente a las durísimas luchas que sus proletarios llevaron a cabo durante la última década del franquismo y los primeros quince años de democracia. Los difíciles años '70 y '80, cuando las huelgas del metal vasco arrastraban a centenares de miles de proletarios a la lucha solidaria, han dado lugar a una situación desoladora, en la cual la patronal lleva siempre la voz cantante, imponiendo sus exigencias y haciendo valer sus necesidades como si fuesen las propias de los proletarios. Si bien es cierto que en este sector aún se conservan ciertas ventajas laborales, sobre todo en comparación con el resto de la industria o del sector servicios, la realidad es que el empleo fijo apenas existe para los jóvenes, la siniestralidad continúa siendo elevadísima, los salarios se fijan en función de las exigencias productivas de la industria...

La reconversión industrial, que se hizo en este sector como en el resto de la industria española combinando dosis de prejubilaciones y bajas incentivadas con despidos sin apenas compensación y represión policial, ha traído estos lodos. En la medida en que la resistencia que los proletarios pudieron presentar a estas exigencias de la burguesía vasca y española estuvo completamente controlada por las fuerzas del oportunismo político (PCE, etc.) y sindical (CC.OO., UGT, LAB...) así como por las corrientes nacionalistas pequeño burguesas como ETA o HB, todas esas exigencias lanzadas por parte de la burguesía se realizaron. La clase proletaria paga hoy las consecuencias de la dirección anti obrera que estas corrientes le impusieron hace ya treinta años en su lucha contra las medidas de «modernización de la industria».

La reconversión del metal, un sector económicamente poco eficiente (es decir, poco rentable para la burguesía) una vez que se abrieron otros mercados productores, como los asiáticos o los de las antiguas repúblicas de la órbita rusa, fue la principal jugada sobre el terreno económico y laboral que tuvo que afrontar la burguesía una

vez realizada la Transición. Y lo hizo mostrando una gran inteligencia, atacando primero allí donde la concentración de proletarios era menor, como en Sagunto, para entrenar los medios represivos que habría de poner en marcha, así como todo el aparato de presión mediática e ideológica que sería necesario desplegar. Una vez probadas las armas, la ofensiva se desencadenó sobre el metal vasco y el gaditano, incluyendo en ambos, por supuesto, a los emblemáticos astilleros, que habían sido durante décadas el corazón de los proletarios de ambas regiones. Pero se hizo, de nuevo, por partes, mediante un sistema de ataques, componendas y retrocesos: primero se lanzaba una gran ofensiva, se aguantaba la respuesta de los proletarios mientras se pactaba con las organizaciones políticas y sindicales que decían representarles, unos acuerdos que reducían la cantidad de despidos inicialmente previstos, justificaban estos con prejubilaciones y garantizaban la carga de trabajo durante unos años. Los sindicatos y los partidos políticos de la izquierda burguesa imponían a los proletarios estos acuerdos como un mal menor... y conseguían la aceptación. Pasado un tiempo, un nuevo plan de reestructuración repetía la misma dinámica con idéntico resultado. Al cabo de veinte años, de los cientos de miles de proletarios que vivían del metal, sólo quedan algunas pocas decenas de miles, en condiciones sumamente desventajosas, continuamente chantajeados por la falta de carga de trabajo en las grandes empresas y por una legislación cada vez más agresiva en las pequeñas... La juventud proletaria de regiones como Vizcaya ha tenido que abandonar cualquier pretensión de vivir siquiera establemente del trabajo industrial, desplazándose a otros sectores donde las condiciones de existencia son aún más precarias. Es el resultado del dominio que las organizaciones sindicales dirigidas por las corrientes oportunistas, como CC.OO., UGT, etc. y los partidos políticos pseudo obreros, como el PCE y el PSOE, o abiertamente pequeño burgueses como Herri Batasuna y el espectro *abertzale* que le ha rodeado siempre, pudieron ejercer sobre la clase proletaria. Le forzaron a aceptar condiciones de vida y trabajo cada vez peores, fomentando las más mezquinas ilusiones de salvación individual e intentando con ello romper la solidaridad que había sido la tónica entre los proletarios del metal.

La historia de las luchas de los proletarios del metal, vasco y del resto del país, es la historia de las traiciones sufridas a manos de unas direcciones políticas y sindicales que cooperaban

con la burguesía para ayudarla durante uno de sus momentos más críticos y que sacrificaron a centenares de miles de proletarios para salvaguardar los intereses de la economía nacional. Esta es la lección que los jóvenes proletarios del metal —y del resto de sectores— deben extraer del pasado más inmediato para aplicarla a la hora de afrontar las luchas que deben emprender hoy.

El futuro incierto

Para los proletarios del metal, la huelga del pasado mes de junio ha tenido una importancia especial: durante la última década el oportunismo sindical ha forzado sistemáticamente que la negociación de las condiciones de trabajo se realice empresa por empresa, es decir, dejando a los proletarios que trabajan en pequeñas empresas, con escaso número de empleados, completamente a merced del patrón, mientras que sólo en las grandes empresas se ha hecho algún tibio conato de lucha. Mientras que los convenios colectivos rigen para todo un sector provincial, independientemente de la fuerza que los proletarios de tal o cual empresa tengan para imponerse en un conflicto aislado, las negociaciones empresariales rompen la principal arma de lucha de los obreros: la solidaridad de clase, el combate contra la competencia que los burgueses buscan introducir entre los proletarios como medio para debilitarlos. Es por ello que esta pasada huelga, que ha sido unitaria y que estaba encaminada a presionar en las negociaciones del convenio colectivo, tiene un valor tan importante, sobre todo cuando han sido los propios trabajadores los que han forzado a las centrales sindicales, durante la propia huelga, a romper el aislamiento que querían imponer por empresas.

Pero esta fuerza inicial, este sano empuje de clase, que refleja el verdadero instinto de lucha de los proletarios, es fácilmente revertible por parte de las direcciones sindicales y políticas hacia los cauces que han venido siendo habituales en la última década. Pese a haber mostrado una gran fuerza a la hora de imponer la huelga, de enfrentarse a la policía que trataba de romper la huelga en la calle, etc. las dificultades que los proletarios van a encontrar serán inmensas.

En primer lugar, la convocatoria de huelga ha sido puramente simbólica: cinco días de paro, con un preaviso de varias semanas, supone dar tiempo de sobra para que la patronal del sector provisione las mercancías necesarias para hacer frente a la huelga, para que desvíe el trabajo a las empresas de otras provincias (recuérdese que el

metal de Guipúzcoa ni siquiera ha sido llamado a un paro de solidaridad), etc. Significa aceptar los términos del juego que exige la burguesía y volver la huelga un acto puramente simbólico. Es cierto que, comparado con lo que sucede en otros sectores laborales, donde las huelgas duran muchas veces unos pocos minutos, un paro de cinco días puede parecer mucho. Pero esto indica, únicamente, hasta qué punto tienen que esforzarse las fuerzas del oportunismo político y sindical para controlar la tensión que existe entre los proletarios del metal de Vizcaya y cuánto están dispuestos a maniobrar para hacerlo con éxito. Es cierto también que una convocatoria de huelga que afecta a un sector con la relevancia del metal es algo que no puede surgir de la noche a la mañana, que requiere una preparación... pero esta verdad indiscutible no puede excusar que la preparación, el esfuerzo por organizar... se haga advirtiendo de ello a la patronal e invitándola a tomar medidas para minimizar el efecto.

En segundo lugar, la propia finalización de los días de huelga. Cuando resultaba evidente que estos habían sido un éxito, que la fuerza de los proletarios en la calle era mayor incluso que la que pueden tener en sus empresas y que, a mayores, podían ser un revulsivo para otros sectores proletarios, algunos de los cuales, como los pensionistas, tienen una larga tradición de unión con el metal... no prolongar los días de huelga significó liquidar su fuerza. Es cierto que, en un ejercicio de cinismo sin nombre, las principales centrales sindicales han realizado una nueva convocatoria de huelga (para septiembre!), argumentando que las vacaciones de verano impedirían la continuidad que estaba en curso. Este argumento muestra que las organizaciones sindicales ya preveían liquidar los paros rápidamente: de lo contrario podrían haberlos organizado en alguno de los muchos meses previos a junio una vez que sabían que las negociaciones del Convenio estaban paradas. Si esperaron a junio es porque sabían que en ese mes era imposible dar continuidad a los paros y a las movilizaciones. De nuevo, negándose a continuar con la convocatoria y posponiéndola para septiembre, las organizaciones sindicales muestran que su objetivo no es vencer mediante la lucha, sino reducir esta a un simple acto folklórico, sin recorrido alguno más allá de dar alguna noticia en la prensa. Temen mucho más las consecuencias que puedan derivarse de mantener a los proletarios luchando en la calle, que cualquier Convenio Colectivo por dañino que sea para los trabajadores.

En tercer lugar, el esfuerzo que han

realizado tanto las organizaciones sindicales como las corrientes políticas que las han secundado por mantener la lucha dentro de los límites estrictos del sector y la provincia. Ya hemos señalado que los trabajadores del metal de Guipúzcoa ni tan siquiera han sido convocados a un paro solidario, por simbólico que fuese. Y de aquí puede seguirse que, por supuesto, los proletarios de ningún otro sector han sido llamados a solidarizarse. La movilización tampoco ha trascendido la provincia ni mucho menos la Comunidad Autónoma. En un esfuerzo claro por mantener la lucha dentro del más estricto localismo, los proletarios del metal de Vizcaya son llamados a luchar únicamente con sus propias fuerzas y sin levantar la vista para mirar más allá de sus ciudades o de su sector. Hace décadas, en ese mismo sector y en esas mismas ciudades, la fuerza de un proletariado que hizo temblar a los patrones era la capacidad para responder como si se tratase de una única persona a cualquier agravio, por pequeño que fuese, la capacidad de asumir cada conflicto, cada huelga, como un conflicto de toda la clase... Si aún con esa fuerza no se pudo, en la mayor parte de las ocasiones, frenar las exigencias de la burguesía ¿qué puede esperarse de huelgas aisladas, de proletarios atomizados y encerrados en sus pueblos y en sus fábricas?

Soñar

Al confrontar estas posiciones que defiende nuestro partido con aquellas que defienden las corrientes políticas y sindicales oportunistas, precisamente aquellas que dirigen esta y otras huelgas similares, es normal obtener siempre una misma respuesta: nuestras posiciones son quimeras, sueños irrealizables con una clase proletaria completamente sumida en la más profunda de las depresiones... Acompañada siempre de la coletilla acerca de lo fácil que es hablar y lo difícil que es actuar.

Esta respuesta es, en verdad, la expresión de un profundo antagonismo de clase. Este antagonismo aparece al enfrentar las lecciones que se extraen del curso de la lucha de clase del proletariado (un curso que es cierto que hoy pasa por horas difíciles incluso en los pequeños conflictos como este del metal de Vizcaya) con las exigencias que realizan aquellas corrientes de que la lucha obrera respete escrupulosamente la legalidad, el consenso social, las exigencias de la convivencia cívica, etc. Es decir, se trata del antagonismo entre las posiciones de clase *proletarias* y las posiciones de clase *burguesas*.

Indicaciones y valoraciones como las que damos en este artículo sólo pueden ser consideradas como *soñadoras* por aquellos que quieren que la clase proletaria permanezca hundida en el pozo de apatía y resignación en que vive hoy, resignándose a votar cada cuatro años y a manifestarse cuando el cuadro sindical de turno lo ordene. Son *soñadoras* si se considera que la única realidad posible es esta que describimos y que cualquier intento de contravenirla *debe fracasar*.

Es cierto que nuestra corriente ha defendido y defenderá siempre ser la portadora de un balance del ciclo histórico de la lucha de clase del proletariado, balance este que explica la naturaleza de la lucha revolucionaria del proletariado y, sobre todo, de la contrarrevolución burguesa. Pero esto lo hace trayendo a cada caso concreto, a cada ejemplo de lucha en el que la clase proletaria de un país, ciudad o pueblo intenta levantar la cabeza, toda la potencia histórica de este balance, todo la fuerza de la doctrina marxista. Las valoraciones e indicaciones que damos, tanto en nuestra prensa y folletos como participando allí donde alcanzan nuestras fuerzas, no son delirios infundados, sino esfuerzos muy concretos para **contribuir a que el proletariado retome el camino de su lucha de clase**. Nosotros no trazamos caminos ideales que deba seguir el proletariado, sino que mostramos los límites reales de sus esfuerzos, la fuerza real de sus enemigos y sus intentos por mantenerle en su estado actual... y de ello extraemos las lecciones sobre los derrotados que su lucha deberá tomar. Podrán considerar que soñamos solamente quienes quieren que los proletarios duerman para siempre.

El próximo mes de septiembre los trabajadores del metal de Vizcaya vuelven a la huelga. Será la ocasión para comprobar si la estrategia sindical de desgaste por dilación va dando su resultado. En caso de que no sea así, los proletarios habrán salvado un obstáculo de los muchos que encontrarán en su camino, para salvar este y otros muchos, los cuales deberán contar con toda su fuerza de clase.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pinguino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

En Sudán, el interclasismo y el democratismo conducen la revuelta a la derrota

Lunes 3 de junio, luego de haber cortado la electricidad en el centro de la capital, Jartum, y bloqueado la red Internet, el Consejo Militar de Transición (CMT), instancia militar que dirige al país, envió comandos policiales y paramilitares a atacar el sit-in llevado a cabo delante del Cuartel General del ejército, iniciado varias semanas atrás, y a quitar las barricadas erigidas en diversos barrios. Los hospitales en que se encontraban los heridos fueron atacados por comandos que tomaron por blanco al personal médico, mujeres que fueron violadas, etc. Las fuerzas militares intervinieron también en otras ciudades del país: Nuhood, Atbara, Port Sudán, etc.

Al momento en que escribimos, las víctimas en la capital llegan a 116 muertos, (incluyendo los cadáveres encontrados en el Nilo) y varias centenas de heridos, más un número indeterminado de responsables políticos y militantes que fueron arrestados o desaparecidos.

Las manifestaciones habían comenzado en los primeros días del año pasado, contra el alza de los precios de la harina y del pan, como consecuencia de la imposición de las medidas de austeridad que exige el FMI, a fin de restablecer las finanzas del país. La secesión del sur del país ha hecho perder a Sudan el 75% de su producción petrolera, la cual es su principal exportación y su primer fuente de divisas, mientras que una gran parte de los productos alimenticios deben ser importados. Si el robo de las riquezas por parte de los círculos dirigentes (cuyos miles de millones son puestos en los cofres de los bancos occidentales), suscita una legítima indignación en la población, ello no hace más que agregarse a las consecuencias de la crisis capitalista internacional, la cual es la principal causa de los problemas económicos en Sudan.

Lo que puso el fuego a la pólvora fueron las nuevas alzas drásticas de los productos de primera necesidad (multiplicada por tres en el caso del pan) decretadas en diciembre, mientras que la inflación llega ya a un 60%, producto de la baja de subvenciones decretada bajo los concejos del FMI. Sus economistas contaban sin duda alguna con las capacidades represivas del régimen para hacer pasar estas medidas hambreadoras tan visibles. En efecto, hasta ahora, un potente aparato militar y policial ha podido aplastar a las diversas olas de manifestaciones y rebeliones ocurridas en Sudan desde el golpe de Estado en junio de 1989 que llevó al poder a Omar el-Bechir.

El régimen civil que fue derrocado se encontraba en plena crisis, a causa de su incapacidad para resolver el conflicto con el Sur que había provocado

en esta región una hambruna en que morirán, según ciertas estimaciones de ONG, cerca de 250.000 personas. El nuevo régimen militar, que se apoya en organizaciones islamitas, prohíbe los partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones no religiosas, purgó las filas del ejército, la política, y la función pública para eliminar a potenciales opositores, e impuso un código islámico (charia). Construyó un aparato represivo diversificado, con fuerzas paramilitares y milicias especializadas en la represión de los movimientos sociales y revueltas, como en Darfur.

Estas fuerzas represivas han sido incapaces de impedir que el descontento generalizado se tradujera en manifestaciones de masa; comenzadas en la ciudad de Atbar, rica de una historia de luchas obreras, dichas manifestaciones se extenderán por todo el país y rápidamente tomarán un giro político, exigiendo la partida de el-Bechir y la caída del régimen.

Finalmente, el 11 de abril, los militares se decidirán a destituir a el-Bechir y arrestar algunos de sus favoritos (1).

Después de discutir con las «Fuerzas para la Declaración de Libertad y Cambio», también conocidas como «Alianza para la Libertad y el Cambio» (AFC), los militares formaron el Consejo Militar de Transición. La AFC es una reunión de varias fuerzas de oposición formadas en enero de este año; reúne a la «Asociación de Profesionales Sudanés» (SPA: organización de médicos, abogados y otras profesiones liberales, fundada en octubre de 2016), Fuerzas del Consenso Nacional (NCF), que incluye al PC sudanés, el partido Umma (un partido totalmente burgués que ha estado varias veces en el poder antes del régimen militar de al-Bashir), etc. El texto constitutivo de la AFC se llama «Declaración de Libertad y Cambio»; consta de dos puntos: la salida de el-Bashir y la formación de un gobierno provisional «*compuesto por personas calificadas por su competencia y su buena reputación, representando a los diversos grupos sudaneses y reuniendo el consenso de la mayoría*», que gobernaría durante 4 años, el momento de establecer una «*estructura democrática sólida y organizar elecciones*» (2). No hay nada allí que satisfaga las necesidades básicas de las masas desheredadas que se han movilizadas para sobrevivir y no pueden esperar cuatro años. La presencia del PC no debe engañarnos: a pesar de su nombre, este partido es de hecho una organización nacionalista que, en el curso de su historia y a pesar de la represión que la ha golpeado, siempre ha apoyado al orden burgués y al Estado nacional.

Mientras que la desconfianza de las masas hacia los líderes militares, a pesar de las medidas adoptadas por la CMT, como el levantamiento del estado de emergencia, daba lugar a la instalación del sit-in ya descrito y a la reanudación de las manifestaciones, la AFC y la CMT iniciaron negociaciones. El 27 de abril, el principio de establecer un Consejo Conjunto para reemplazar a la CMT y gestionar una transición de 3 años parecía haberse establecido; pero el resultado fue difícil, ya que los líderes militares querían el control del Consejo y el 20 de mayo se interrumpieron las negociaciones. El apoyo de Egipto, los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita (que prometieron \$ 3 mil millones en asistencia a la CMT), reforzó la negativa de los militares a hacer concesiones significativas. Buscando confiar en los sentimientos religiosos todavía muy presentes, especialmente en el campo (la población sudanesa es predominantemente agrícola) estos lanzaron una campaña de opinión contra la AFC que lo acusaba de querer suprimir la Charia.

La AFC quiso replicar pidiendo una huelga general «pacífica» de 2 días, para los días 28 y 29 de mayo, una iniciativa que no compartió el partido Umma. El SPA, que afirma tener organizaciones ferroviarias y de obreros en su seno, es el ala actuante de la Alianza; ha seguido multiplicando las declaraciones pacifistas, por el mantenimiento de la paz social y por la unidad interclasista de todos los sudaneses. Al presentar el llamado a la huelga general, trató de negar cualquier naturaleza subversiva: la huelga «*solo obstaculiza a la CMT al advertir que podría reducirse a la impotencia de la noche a la mañana*». Agregando: «*a menos que recurra desesperadamente al uso de las armas y de la fuerza, perdiendo así toda legitimidad. (...) Esto sería fácilmente rechazado por nuestro antídoto pacífico y nuestra unidad armoniosa, como ha sido comprobado repetidamente por nuestra práctica y nuestra experiencia*» (3).

Pero tan pronto como terminó la huelga general, la CMT reaccionó desatando la represión y los líderes militares declararon que las negociaciones habían terminado y que ellos mismos organizarían las elecciones. ¡Miseria de las ilusiones de la democracia pequeñoburguesa! El SPA solo pudo responder lanzando llamamientos desesperados al ejército para defender a los manifestantes (!) (4), mientras que la Alianza declaró que estaba lanzando una «escalada de la revolución» que consistía esencialmente en decidir detener las negociaciones (¡ya interrumpidas por los militares!) y pedir a los grandes Estados imperialistas que presionen a la CMT ...

Después de la represión a princi-

pios de esta semana, la Organización por la Unidad Africana (actualmente presidida por Egipto) envió al Primer Ministro etíope, Abiy Ahmed, el 8 de junio a actuar como «mediador» entre el ejército y los opositores de la Alianza. Ahmed de nuevo se fue, después de dar bellos discursos sobre la democracia ... pero la represión continuó, incluso abatiéndose sobre los líderes políticos de la Alianza que habían conocido al ministro etíope.

El Consejo de Seguridad de la ONU intentó presentar una resolución para pedir el fin de la violencia, pero Rusia y China se opusieron. Los Estados Unidos, temiendo un nuevo brote de inestabilidad, le pidieron a Arabia Saudita que use su influencia en la CMT para calmar la situación.

Sudán tiene una importancia estratégica evidente, debido a su posición en el Mar Rojo y entre Egipto y Etiopía. Despierta los intereses de las potencias regionales en conflicto y el imperialismo mundial. Anteriormente cercano a Irán, el régimen de el-Bashir había reanudado relaciones con Arabia Saudita y Egipto hasta el punto de enviar un contingente para participar en la guerra en Yemen. Hoy, según un comunicado oficial francés, Arabia Saudita «apoya política y financieramente a las fuerzas armadas de Sudán». El año pasado, Estados Unidos levantó sus últimas sanciones (¡contra un régimen que habían acusado de genocidio en Darfur!) Y estableció un centro de la CIA en Jartum. La Unión Europea había hecho acuerdos con ella para detener la emigración (Sudán es un punto de cruce), reforzando la milicia y, por lo tanto, la naturaleza represiva del régimen. China, pero también Turquía y Rusia, están interesadas en la situación en Sudán. En resumen, Sudán representa un concentrado de contradicciones intercapitalistas. Todos estos Estados burgueses buscan e intentarán influir en lo que sucede allí.

Los proletarios de otros países también deben estar interesados; deben mostrar su solidaridad con el proletariado y las masas pobres de Sudán, comenzando por denunciar las acciones de «su» burguesía, mientras esperan tener la fuerza para demostrar en la lucha contra el capitalismo una verdadera solidaridad de clase activa.

Gilbert Achcar, el «especialista» de Oriente Medio para la Cuarta Internacional (ex SUQI), escribe en un artículo que la superioridad del movimiento sudanés en relación con el movimiento argelino consiste en tener una «dirección política excepcional» – la Alianza, en la que la SPA «ocupa un lugar central» –, mientras que una dirección política está ausente en Argelia (5).

¡Pero esta llamada dirección política excepcional solo puede llevar al movimiento a la **derrota**, debido a su naturaleza social esencialmente pequeñaburguesa, y a sus orientaciones democráticas, pacifistas e interclasistas!

Al concluir su texto, Achcar cita con aprobación un artículo del *Financial Times*, el órgano de los círculos financieros de la City de Londres, donde se dice

que el movimiento en Sudán recuerda la situación en Rusia en 1917, después de la caída del Zar. No es por azar que nuestro trotskista «olvidara» que en 1917 en Rusia había un partido que estaba luchando **contra** la *dirección* democrática burguesa: el trotskismo degenerado de hoy ha dado la espalda por completo a las posiciones de clase y a los principios marxistas para unirse al democratismo burgués.

El Partido Bolchevique luchó duramente para que el proletariado rompiera con la unión interclasista, dejara de seguir las orientaciones burguesas y asumiera la dirección de la lucha sobre bases de clase – única forma de arrastrar **detrás suyo** a las masas explotadas y oprimidas de las ciudades y el campo contra el poder burgués, en lugar de estar a la zaga de la pequeña burguesía.

Sin una vanguardia que rechace el interclasismo, que luche contra las orientaciones democráticas burguesas y que conquiste la dirección de la lucha proletaria, es decir, sin un partido revolucionario comunista, firmemente organizado y políticamente sólido, los proletarios se encuentran desarmados frente a la burguesía; condenados en el mejor de los casos a ser utilizados por otros, y en el peor a ser víctimas del enemigo de clase.

Los acontecimientos actuales plantean con fuerza imperiosa la necesidad de este partido proletario internacionalista e internacional. No se constituirá automáticamente, pero será el fruto del esfuerzo de los proletarios más conscientes empujados a buscar una brújula segura para guiarlos en su lucha; esta brújula es el auténtico programa comunista que nuestra corriente ha restaurado y defendido contra todas las desviaciones, y gracias al cual trabajamos para reconstituir este órgano de combate de la clase proletaria, sin el cual los tesoros de combatividad se pierden en vano.

¡Solidaridad de clase con los proletarios y las masas oprimidas de Sudán!

¡Por la reconstitución internacional del partido revolucionario de clase!

Partido Comunista Internacional,
10/6/2019
www.pcint.org

(1) La información según la cual el-Behir habría sido apresado es considerada por la población como una mentira de los militares.

(2) <https://www.sudaneseprofessionals.org/en/declaration-of-freedom-and-change/>
Los diferentes partidos de oposición que participan en la Alianza se encuentran esencialmente presentes en la emigración y estiman que se necesitara mucho tiempo para implantarse en el país.

(3) Comunicado del 26/5

(4) Comunicado del 3/6

(5) Ver « Le Soudan et l'Algérie reprenez-ils le flambeau du «printemps arabe» » (¿Reconoce Sudán y Argelia la antorcha de la «primavera árabe»?), *Le Monde Diplomatique*, junio 2019.

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

**Cuarenta años
de valoración
orgánica de los
eventos de Rusia
en el dramático
desarrollo social
e histórico
internacional**

Octubre de 2017

3

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Argentina: Frente a la crisis y la miseria, ¡necesidad imperiosa de la lucha clasista y de la organización proletaria!

El 29 de mayo pasado, los trabajadores argentinos participaron masivamente en una huelga general por 24 horas. Buenos Aires, metrópolis de 15 millones de habitantes (un tercio de la población del país) se paralizó prácticamente. Otras grandes aglomeraciones y zonas industriales también fueron bloqueadas.

Los proletarios de la siderurgia, metalurgia, transporte, puertos y muelles... además de los trabajadores de la educación, la salud, protestaban contra los despidos, el paro y la fuerte degradación de sus condiciones de vida.

La política de austeridad de la presidencia Macri, con el apoyo del FMI, impuso recortes en los gastos, trayendo consigo el aumento de los precios de la canasta diaria, de la gasolina y de los servicios básicos. Estas medidas, asociadas a la crisis capitalista, han mantenido o arrojado en la miseria a millones de proletarios. Según los universitarios burgueses, 13 millones de argentinos son pobres (un 31% de la población total, contra un 26% hace dos años, 6 millones sufren de hambre, más de un ¼ no pueden acceder a los cuidados médicos, más de ¼ vive en lugares insalubres («villas-miserias» entre otros). Para los que tienen trabajo, el salario se ha reducido y con un paro que ha aumentado (9% según cifras oficiales, pero ¼ de asalariados son subempleados o precarizados que no entran en las estadísticas). Los servicios de base ya no son accesibles a todos, como por ejemplo el sustancial aumento del analfabetismo.

Nada tiene de particular la política de la burguesía argentina y sus consecuencias dramáticas para los proletarios y una gran parte de la pequeña burguesía; es la suerte que sufren ya amplias masas en el mundo y es la suerte que amenaza a las otras ante la falta de reacción proletaria.

Ante estos ataques, las direcciones sindicales colaboracionistas no proponen ninguna perspectiva, aparte de las «huelgas generales» limitadas a 24 horas, que no molestan a los capitalistas, más bien desmoralizan a los huelguistas y desorganizan toda respuesta proletaria.

Estas huelgas, prudentemente espaciadas y limitadas en el tiempo, juegan plenamente su rol de válvulas de seguridad. Desde luego, es así cómo una gran parte de la revuelta obrera se encuentra canalizada por medio de simulacros de lucha, donde no se da ningún combate, en que no se busca ganar al menos algo a la burguesía; sirven solo para expresar una protesta simbólica, y solo cuesta dinero, tiempo

y esfuerzos a los huelguistas. La parte complementaria (y no menos negativa) de esta táctica es, por supuesto, toda la procesión de ilusiones que sirven para justificar estos métodos delante de los trabajadores; ilusiones según las cuales se puede hacer retroceder a la burguesía sin ir al enfrentamiento directo. El oportunismo pretende ahorrarse la lucha de clases, su sueño obviamente sería eliminarla y reemplazarla por la conciliación y la negociación permanentes.

El sabotaje del colaboracionismo sindical está respaldado por la «extrema» izquierda argentina, una de las más numerosas del mundo. Estas corrientes se sitúan completamente en el terreno burgués con dos constantes: el reformismo y el chovinismo.

En esto, los maoístas del Partido Comunista Revolucionario (PCR) son los más claros. Quieren una vasta alianza burguesa, un «gran frente popular, patriótico y democrático», incluyendo al peronismo, que ya dirigía al gobierno anterior; este es el antiguo método estalinista de los «frentes populares» que, en la década de 1930, encadenó a los proletarios a la defensa del Estado burgués en el marco de estas uniones interclases.

Los múltiples partidos trotskistas – Partido de los Trabajadores Socialistas, Partido Socialista de los Trabajadores, Movimiento de los Trabajadores Socialistas, Partido de los Trabajadores, Movimiento hacia el Socialismo (más), Izquierda Socialista (IS) – comparten un fondo común: la «ruptura» con el FMI, las reivindicaciones nacional-reformistas (nacionalización de los recursos naturales, bancos, grandes sectores industriales, inversiones públicas, etc.), pero también la asidua participación al circo electoral (1).

Estos «revolucionarios» buscan hacer creer que la salud de la clase obrera se mide por la salud de la economía nacional (con algunas correcciones en el sentido de justicia social), la salud de su comercio exterior, su moneda, su competitividad, así como la capacidad de su Estado para defender y hacer cumplir los intereses sacrosantos de la patria, todas las clases combinadas. Estos objetivos son comunes a todo el espectro político burgués, incluso si hay desacuerdos sobre los medios para alcanzarlos y si se discute sobre los métodos.

Pero son precisamente estos objetivos los que la clase trabajadora no puede hacer suyos sin aceptar al mismo tiempo la eternidad de su esclavitud.

Para hacer frente a los ataques capitalistas, la clase obrera debe

lanzarse a la **lucha abierta** y romper con las paralizantes orientaciones reformistas, nacionalistas y electoralistas. La lucha proletaria solo puede convertirse en lucha de clase si se lleva a cabo en el campo de la defensa resuelta de la fuerza laboral, del salario, de la disminución de la duración y la intensidad de la jornada de trabajo, de la defensa de los desempleados; ello implica una lucha despiadada contra los métodos de división y dislocación utilizados por el colaboracionismo.

La reanudación de la lucha de clases solo puede conducir a un resultado positivo si, al mismo tiempo, se libra una batalla constante para constituir, extender y fortalecer la red internacional de la única fuerza capaz de dirigir la lucha proletaria por el objetivo final de la lucha de emancipación contra el capitalismo: el partido independiente de clase.

Este último obra por reintroducir en este combate la necesidad del comunismo y de los principios de la revolución proletaria, los cuales permiten, a través de duras experiencias que le esperan a la clase, reagrupar a las masas proletarias alrededor del partido, y hacer ver a esta multitud, impotente de por sí, de que pueden transformarse en un ejército internacional único, centralizado, capaz de atacar victoriosamente al orden mundial establecido.

¡No la defensa de la economía nacional! ¡Abajo el colaboracionismo a las órdenes del patrón!

¡Por la lucha directa y de clase, sola capaz de imponer una correlación de fuerzas favorable a los proletarios!

¡Por la utilización de métodos y medios clasistas de lucha: huelga sin preaviso ni limitación previa de su duración, dirigida por verdaderos comités de huelga que representen a los trabajadores, piquetes de huelga, ocupación de fábricas y empresas para bloquear la producción!

¡Por una organización de defensa económica de los trabajadores, independiente de los aparatos sindicales colaboracionistas y fuera de toda influencia burguesa, en lucha por los intereses exclusivos del proletariado!

¡Por la constitución del Partido de clase internacional, sobre la base del programa comunista auténtico!

(1) cf. «Argentina: Austeridad y cachiporrazos para los proletarios», Suplemento Venezuela No 23 al No 53 de «el programa comunista» - Diciembre de 2018

Colombia: Frente a la ofensiva y el terror burgueses: ¡Lucha de clase anticapitalista!

El 25 de abril, Colombia fue sacudida por una «huelga general» de 24 horas y por manifestaciones de masa en las grandes ciudades, logrando concentrar alrededor de un millón de personas. Esta movilización se realiza como respuesta a los ataques capitalistas concentrados en el «Plan nacional de desarrollo (PND) – Pacto por la equidad (sic)» del presidente Duque.

Este PND vuelve a utilizar las recetas de todas las burguesías: menos seguridad y más flexibilidad para los asalariados, la reducción de las pensiones de vejez, la baja de los salarios y la supresión del salario mínimo, austeridad presupuestaria (rechazando la aplicación del acuerdo que preveía un aumento del presupuesto consagrado a la educación), transformación de asalariados en auto-empleados (lo que se acompaña con una degradación de las condiciones de vida y de trabajo)... A este programa se agrega el desarrollo de las industrias extractivas con todas las consecuencias nefastas para las poblaciones de las regiones vinculadas.

Colombia es un país de 45 millones de habitantes y muy urbanizado; su economía reposa en buena parte sobre las materias primas industriales y agrícolas: petróleo, carbón, café, flores, arroz, etc., la pobreza es omnipresente y golpea sobre todo a la población indígena y rural; es el país de América Latina con las peores desigualdades, mucho más que en Brasil y Chile.

El petróleo, su principal recurso (1mbd), cuyas reservas explotables se limitan a 10 años, representa un 55% del total de sus exportaciones. Pero también están las distorsiones económicas propias de los países «en vías de desarrollo»: el narcotráfico. «*La economía paralela del tráfico de drogas es incontrolable. Si bien es imposible de calcular, se estima en un 2% su contribución al PIB colombiano*» (1). *Colombia, primer productor mundial de cocaína, ha alcanzado niveles históricos el año pasado [2017] con una superficie de 209.000 hectáreas de cultivo (+ 11%), según la administración americana. En el mismo periodo [2016-2017], la capacidad de producción de cocaína pura aumentó en un 19% pasando de 772 TM a 921 TM ...»* (2).

Las estadísticas oficiales dan cuenta de un paro de 9,7 % en 2018 a 12,8 en enero de 2019, descendiendo a 10,8 % en marzo (3). Pero es difícil homologar estas cifras, dado que muchas personas en edad de trabajar lo hacen en la llamada economía sumergida, tal como el narcotráfico y cientos de pequeñas actividades que no son cubiertas por la seguridad social, y que son difíciles de calcular estadísticamente.

Con respecto a sus vecinos venezolanos, existe toda la híper-actividad anarquizada en la larga frontera que limita a los dos países, donde miles de proletarios tratan de

subsistir en cientos de actividades comerciales o directamente del contrabando de la gasolina.

* * *

La «huelga general», o paro nacional, fue llamada por las tres centrales sindicales existentes en Colombia: CUT (Central unitaria de los trabajadores), CGT (Central General de Trabajadores) y CTC (Central de Trabajadores de Colombia). El sindicalismo colaboracionista hizo de todo no solo para retardar la utilización del arma de la huelga, sino también para hacerla lo más inofensiva posible, es decir, una huelga de un solo día, sin perspectiva. Como en todas partes, el colaboracionismo ofrece una válvula de escape a la burguesía con el fin de bajar la presión social y evitar la explosión.

Para hacer retroceder los planes de la burguesía, los comunistas defienden la utilización de métodos clasistas, comenzando por la huelga sin límites de duración o por la constitución de piquetes de huelga para bloquear directamente la producción y las ganancias capitalistas.

Colombia puso fin a la más larga guerra civil de la época contemporánea con la firma de los acuerdos por la paz entre el gobierno y las FARC. En realidad ha sido la paz de los explotadores. Las guerrillas campesinas depusieron las armas (4), pero las milicias burguesas, más o menos ligadas a la extrema-derecha o a bandas criminales, continúan sembrando la muerte. Entre enero de 2016 y enero de 2019, no menos de 566 dirigentes sociales, políticos, sindicales, ambientalistas y defensores de los derechos humanos han sido asesinados en el país de Santander.

Desde hace décadas, los proletarios se encuentran desarmados frente a los esbirros pagados por los capitalistas. Un partido comunista se plantearía el problema de organizar la lucha indispensable contra la violencia burguesa. La cuestión de la autodefensa obrera se presenta bajo dos aspectos inseparables: el de la «autodefensa de masa» cuyo fin sería responder con la huelga, las manifestaciones y las movilizaciones de las masas obreras, y el de la autodefensa propiamente dicha, es decir de la constitución de órganos de autodefensa, cuyo fin sería primero de defender físicamente a los obreros en huelga, los centro de vida proletaria, y de mostrar a los proletarios que también pueden golpear al adversario, dando así a la clase obrera confianza en sí misma, en la perspectiva de llevarse mañana al terreno de la preparación militar de la revolución.

Ante los ataques capitalistas, los pseudo-comunistas y la «extrema» izquierda no ofrecen más que una perspectiva reformista que no hace sino desarmar al proletariado frente a sus enemigos de clase. El Partido Comunista de Colombia (PCC) pide al gobierno Duque de «gobernar y legislar en fun-

ción de las necesidades y de los intereses de los trabajadores y el pueblo». Esta es la vieja ilusión reformista de que el Estado burgués pudiera estar al servicio de los proletarios.

La «extrema» izquierda comparte esta misma orientación: el Partido del Trabajo de Colombia (PTC) participa en la Alianza Verde, un cártel de partidos burgueses dirigido por los ecologistas; el Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario (MOIR) defiende «la soberanía, la paz, la democracia y un empleo decente» y el Movimiento por la defensa de los derechos del pueblo (MODEP) quien propone «la defensa de la vida, del territorio y de los derechos»; por su parte, los trotskistas (morenistas) del Partido Socialista de los Trabajadores (PST), desde hace años se han hecho los campeones de una asamblea «Constituyente, libre, democrática y soberana». Todas estas organizaciones permanecen dentro del cuadro del sistema político capitalista y solo proponen un programa anti-proletario.

Para los proletarios y las masas oprimidas de Colombia la solución no es burguesa; es solo en el terreno de la lucha de clase que deben luchar. La democratización del Estado burgués es una peligrosa ilusión que anestesia el combate que cotidianamente los trabajadores mantienen contra su explotación. Este programa quiere hacer creer que el Estado se puede conquistar, cuando lo que hay que hacer es destruirlo.

En Colombia, como en todas partes, al frente unido de los capitalistas y sus lacayos oportunistas, algo que no puede preludiar sino una explotación más feroz, los trabajadores deben responder con el rechazo a subordinar sus intereses y su defensa a la democratización del Estado burgués.

Los comunistas no proponen combatir por una vida mejor o un empleo decente dentro de una sociedad opresora (esto sería ilusorio) sino por la posibilidad de que hoy todos los proletarios luchen contra los ataques del capital, y mañana, bajo la dirección de su partido de clase, por su destrucción.

(1) <https://www.diplomatie.gouv.fr/fr/dossiers-pays/colombie/presentation-de-la-colombie>

(2) <https://www.lesechos.fr/2018/06/les-plantations-de-coca-se-multiplient-en-colombie-997467>

(3) <https://fr.tradingeconomics.com/colombia/unemployment-rate>

(4) Los acuerdos firmados en la Habana por las Farc y el anterior gobierno colombiano presidido por Santos, han sido prácticamente rotos o irrespetados, llevando a varios miles de excombatientes a retomar las armas y regresar a la guerrilla.

¡Por el apoyo a nuestra prensa!

Queridos lectores

Recibís *El Proletario* desde hace tiempo y no sabemos si llegáis a leer cada número que llega. Algunas veces el periódico es devuelto porque el destinatario resulta desconocido o simplemente ha cambiado de dirección, pero no lo ha comunicado. Sabemos que algunos lectores lo consiguen en librerías, editoriales, centros sociales o en cualquier tipo de asociación donde lo enviamos. Es inútil decir que estamos interesados en recibir muestras de vuestro apoyo o de vuestra crítica, pero parece que la costumbre de escribir lo que se piensa, o de discutir argumentando seriamente las propias convicciones, se ha perdido desde hace tiempo. Quizá a causa de las continuas desilusiones respecto a las organizaciones políticas en general o a las organizaciones de extrema izquierda; quizá a causa de la confusión que se ha difundido en los últimos cuarenta años provocada por las crisis y las escisiones sucedidas en los partidos que se definen comunistas revolucionarios o en las corrientes de la izquierda comunista de 1921 a la cual pertenecemos.

No hay duda, en nuestra opinión, de que una de las causas de la eliminación del interés político revolucionario se encuentra en el retiro persistente de las luchas proletarias, marcado por una serie de derrotas tanto en la defensa elemental de las condiciones de vida y de trabajo, como en el terreno político más general. Estas derrotas se deben ciertamente a la presión capitalista sobre las condiciones materiales de vida del proletariado, condiciones que tienden, en lugar de estabilizarse o mejorar, a empeorar para la mayoría de los proletarios, y en particular para los proletarios más jóvenes. Derrotas que desmoralizan y desalientan aún más porque las muchas luchas que se han hecho durante muchos años no han llevado a una mejora real. Sabemos, por los marxistas revolucionarios, que las luchas en el terreno económico e inmediato pueden lograr resultados a favor de los intereses de clase del proletariado solo si se llevan a cabo con medios y métodos de clase, por lo tanto, por el exclusivo interés proletario que, nunca lo repetiremos lo suficiente, es completamente opuesto, antagónico, al interés burgués; resultados que nunca son definitivos porque están sujetos inevitablemente al equilibrio de poder entre la clase dominante burguesa y el proletariado, relaciones de fuerza que durante muchas

décadas han sido totalmente a favor de la burguesía. Sabemos, como marxistas revolucionarios, que el veneno de la colaboración de clases, lo que llamamos interclasismo, tiene un efecto perjudicial sobre la capacidad del proletariado para oponerse enérgicamente a los continuos ataques de los capitalistas y gobernantes que defienden sus intereses, ataques abiertos o desviados. Este es un veneno que ha sido inoculado en las venas del cuerpo proletario, durante décadas, por los sindicatos y las organizaciones políticas que se presentan como defensores de los intereses de los trabajadores, pero que en realidad actúan en defensa de la conservación burguesa y, por este motivo, siempre los hemos llamado Organizaciones tricolores, porque su bandera real no es la bandera roja proletaria, sino la bandera tricolor burguesa.¹

En un clima de derrota de los trabajadores, de repliegue sobre sí mismos y sus intereses individuales, por lo tanto, en el dominio de la competencia entre los proletarios, la combatividad de los trabajadores y la solidaridad de clase inevitablemente disminuyen. La clase capitalista lo aprovecha porque se las arregla para defender sus intereses mucho mejor y con menos gasto de energía en comparación con una situación en la que tendría que enfrentarse a un proletariado que lucha en el terreno de clase, por lo tanto exclusivamente por objetivos proletarios, con medios y métodos de clase. ¿Cambiará este clima social alguna vez? La situación social ¿estará caracterizada siempre por el retiro del proletariado hacia su propio mundo individual estrecho y miserable? ¿no llegará la reanudación de la lucha de clases, la única que pone al proletariado en posición de enfrentar, como una fuerza independiente, las fuerzas de conservación social y reabrir, aunque sea duro y atormentado, el camino de su emancipación de la explotación, la pobreza, el hambre y las guerras?

Como marxistas revolucionarios sabemos que la historia de las luchas de clases está marcada por largos períodos en los que el proletariado es prisionero de la política burguesa, tanto en sus aspectos reformistas y democráticos como en sus aspectos represivos y totalitarios, y por períodos cortos en los que las condiciones materiales en las que se encuentra el proletariado en el terreno social, político y organizativo, favorecen su lucha de clases, su lucha no solo en el terreno inmediato, sino también en el terreno político general, y por

lo tanto, revolucionario. La historia de las luchas de clases y las revoluciones proletarias de los siglos XIX y XX lo prueba. Las condiciones favorables a la lucha de clases del proletariado están constituidas por un conjunto de factores objetivos y subjetivos cuya mejor combinación radica en la maduración del choque abierto entre la clase burguesa y la clase proletaria, ambos organizados sobre la base de sus intereses de clase opuestos. La clase burguesa ya está organizada, a través de sus asociaciones patronales y el estado (que no está por encima de las clases, sino a su servicio), y ha extraído muchas lecciones de la historia de su dominación y de la historia de las mismas luchas y revoluciones de los proletarios del pasado. La clase burguesa cuenta con la dominación económica, social, política, ideológica y militar de toda la sociedad; parece invencible, y cada vez que ofrece el uso de la democracia al proletariado, cada vez que lo involucra en la defensa de la economía empresarial y nacional, en la defensa de la patria, en la defensa de la civilización capitalista, capturando su apoyo y fuerza social, refuerza su dominación general, desarmando política e ideológicamente a la única clase social de la que teme su fortaleza histórica. Sí, porque la burguesía, por poderosa que sea, tiene un punto débil decisivo: el proletariado, la clase de trabajadores asalariados de cuya explotación obtiene su fuerza, la clase que es solo una masa social si falta su perspectiva histórica, pero que también ha demostrado ser una fuerza política, con un programa que va más allá de todas las fronteras del espacio y el tiempo y que dirige el movimiento proletario internacionalmente hacia un gran objetivo histórico: la sociedad no dividida en clases, donde toda opresión y toda explotación del hombre por hombre se ha superado, la sociedad de especie, la sociedad en la que la organización económica y social en general responderá a las necesidades de la vida de la especie humana y no del mercado, el capital y la propiedad privada, la apropiación privada de la riqueza social producida, en una palabra, el comunismo.

¿Es esto una utopía? Hoy, más que ayer, podría parecer una utopía, un ideal que nunca se materializará porque el mundo que conocemos día a día nos habla de capitales, listas de valores, empresas que crecen, empresas más pequeñas, quiebras y despidos, de dificultades para encontrar trabajo y, por lo tanto, para vivir, de gobiernos que luchan entre políticas expansivas y recesivas, entre cuestiones continuas de

crecimiento económico y crisis económica, de competencia entre empresas, entre estados y guerras y guerras anunciadas, de la creciente pobreza incluso en los países superindustrializados y de las masas cada vez más numerosas de migrantes desesperados en busca de lugares para sobrevivir, desastres ambientales y catástrofes causadas por una economía de desastre, por medidas de seguridad inexistentes en el empleo y del uso descuidado de materiales nocivos. Vivimos en un mundo de violencia de todo tipo a través del cual expresamos una sociedad que desde hace mucho tiempo ya no ofrece a la humanidad un futuro de armonía social en el que la prioridad es la satisfacción de las necesidades de la vida y el desarrollo de la especie humana. Hoy, más que ayer, la clase del proletariado parece haber desaparecido de la escena social, inmersa y confundida en las más genéricas «personas» de las que emergen de vez en cuando las clases medias, los intelectuales, los propietarios, las medianas y pequeñas empresas de las cuales se hacen alabanzas laboriosas. Cuando hablamos de proletarios, de sin reservas, de la clase trabajadora, parece que hablamos de un pasado lejano destinado a no repetirse nunca, de una época en la que los trabajadores trataron de conquistar el poder tomando el lugar de la clase burguesa, pero no pudieron, fueron derrotados: los bien pensantes dijeron que no podían hacerlo porque no tenían la cultura del poder, no tenían la experiencia de la administración de las empresas y, por lo tanto, ni siquiera del Estado y eso, aunque algunos habían sido entrenados adecuadamente y habían aprendido a administrar empresas y al estado, aún tendrían que trabajar al servicio de la clase dominante burguesa, la única que conoce los mecanismos complejos de la economía y las finanzas capitalistas.

Si este fuera el caso ¿por qué debería la clase dominante burguesa temer que la clase proletaria se *vuelva independiente*, se organice de forma independiente y con sus propios objetivos de clase? ¿Por qué debería temer al movimiento de clase proletario, por qué debería gastar recursos incalculables para encarcelar al proletariado en los mecanismos de la democracia, la colaboración entre clases, el sindicalismo y el oportunismo político? ¿Debido a qué la clase dominante burguesa trabaja arduamente para hacer que la competencia entre los proletarios sea cada vez más aguda, fragmentándola en miles de estratificaciones diferentes para evitar su movimiento unificador e independiente, creando, además, un ejército industrial de reserva cada vez más vasto que ahora abarca el mundo todo?

La clase dominante burguesa no es

impulsada por la compasión, sino por la sed de lucro y cuando tolera, o sostiene, acciones de alivio y compasión hacia las masas desesperadas a las cuales ha causado miseria y marginación, lo hace porque tiene interés - en este caso indirecto - en mantener a los estratos de proletarios a los que explota con mayor «estabilidad» atados a su carro, pagándolos mejor que todos los demás, demostrando que los proletarios de los estratos más bajos (más «desafortunados»... y en qué estratos, debido a las crisis económicas, incluso los proletarios más «afortunados» podrían caer) no están completamente abandonados, alimentando así la parte de compasión y piedad social en la que organizaciones religiosas y voluntarios se destacan en colaborar de manera práctica e ideal para mantener la imagen de un Estado «por encima de las clases», un estado de «todos los ciudadanos», un estado que «no abandona a nadie».

Quienes leen nuestra prensa saben que nuestra actividad no se limita a denunciar las contradicciones de la sociedad capitalista y las fechorías de los gobiernos y los jefes, ni se deja llevar por la ilusión de que basta con esperar a que maduren los factores materiales objetivos para que el proletariado vuelva a convertirse en protagonista de su historia y de la historia humana en general; tampoco la caracteriza la idea de que es suficiente para difundirse en la sociedad y para todas las clases, aunque sea principalmente hacia el proletariado, una cultura que se base en las conciencias de cada individuo, una cultura alternativa a la dominante capitalista. Nuestra actividad es ante todo una actividad de partido, es decir, una actividad que responde a las tareas que el marxismo ha definido para el partido de clase que representa históricamente la experiencia y el conocimiento del movimiento real, de sus características sociales e ideológicas. De sus contradicciones y de la perspectiva de la que históricamente, inevitablemente, procede.

Sobre la base científicamente definida del marxismo, sabemos que el desarrollo de las fuerzas productivas, que con el capitalismo alcanza el nivel más alto que puede alcanzar una sociedad dividida en clases, choca y se enfrentará con una fuerza cada vez mayor, con las formas de producción que el capitalismo ha impuesto y mantenido con creciente violencia. El proletariado, que inconscientemente es la única clase revolucionaria de la sociedad burguesa, está históricamente destinado a luchar, como fuerza productiva primaria, en defensa de sus condiciones sociales de vida y trabajo contra las formas de producción capitalistas que lo obligan a vivir en la esclavitud asalariada, y ele-

var su lucha más allá de los límites de las relaciones sociales y de producción burguesas, a nivel político general en un choque de clase contra clase cuyo resultado final, después de los flujos históricos y los reflujos de la lucha entre las clases y los inevitables reveses, a pesar de la extraordinaria resistencia que las clases dominantes burguesas pondrán en práctica para no morir, solo pueden ser victoriosos.

El objetivo histórico de la lucha de clases del proletariado es una nueva organización social de la humanidad, una nueva sociedad que ya no se base en la división de clases, una sociedad de especie. Para lograr este objetivo histórico, el proletariado, como clase objetivamente revolucionaria, sólo podrá usar su fuerza social, ya que, en la sociedad capitalista, expresa la máxima contradicción dialéctica: es al mismo tiempo clase para el capital y clase para sí misma, es la clase la que produce y aumenta el capital, fortaleciendo así su poder y dominio social, pero también es una clase que lucha por destruir el capital, para derrocar su dominio económico y social del que se desprendió su esclavitud. Dada su condición social como clase pagada, clase no calificada, por lo tanto, clase que no tiene nada que defender en esta sociedad, se proyecta históricamente que el proletariado destruya y supere las formas burguesas de producción contra las cuales las fuerzas productivas chocan contra su mismo desarrollo; fuerzas productivas que se ven obligadas a limitar su propio desarrollo, o retirarse, debido a los intereses de la ganancia capitalista, debido a la anarquía económica que caracteriza al capitalismo, debido a las crisis cada vez más agudas en las que toda la economía capitalista precipita periódicamente, con ello, a toda la sociedad.

Para utilizar su fuerza social como clase para sí, el proletariado no puede usar una fuerza económica ya desarrollada dentro de la sociedad actual, como lo podría hacer la burguesía dentro de la sociedad feudal. La burguesía, en efecto, ya estaba revolucionando la economía existente a través de fábricas y manufacturas, creando así, para abrir el camino al desarrollo capitalista, la necesidad política de eliminar todas las restricciones producidas por las formas sociales y políticas del feudalismo. La economía capitalista, para desarrollarse, necesitaba liberar a los siervos, transformarlos en proletarios (poseedores solo de su fuerza laboral) para asociarlos como trabajadores asalariados en sus fábricas; necesitaba eliminar, como máximo, todos los obstáculos formales a la circulación de bienes y dinero; necesitaba modificar el sistema político

(*sigue en pág. 20*)

¡Por el apoyo a nuestra prensa!

(viene de la pág. 19)

nacional para crear un mercado interno en el que desarrollar al máximo las nuevas actividades económicas industriales, superando progresivamente la economía artesanal y pequeño campesina. La revolución política, para la burguesía, se convirtió en una necesidad dictada por el desarrollo económico ya iniciado del capitalismo que estaba revolucionando materialmente los modos de producción anteriores. Para el proletariado, sucederá exactamente lo contrario: es la revolución política la que abrirá la posibilidad de transformar la economía social, destruyendo el modo de producción capitalista para reemplazarlo con el modo de producción socialista (modo de producción de transición del capitalismo al comunismo) y, posteriormente, comunista (correspondiente a la sociedad sin clases). Pero la revolución política del proletariado requiere una guía política capaz de conocer todo el camino que la lucha de clases revolucionaria debe necesariamente tomar para conquistar el poder político, demoler el estado burgués, establecer su dictadura de clase para intervenir de manera despótica en el país, en el tejido social y económico capitalista, abriendo así la sociedad a la superación de todas las contradicciones sociales y económicas, de cada opresión, de toda forma de explotación del hombre por el hombre, de cada antagonismo de clase que caracteriza a la sociedad burguesa. Sin este pasaje que impone la historia de las luchas entre clases, el capitalismo nunca será derrotado, nunca se eliminará, nunca se superará.

Esa guía política es el partido de clase, el órgano de la revolución proletaria que, sobre la base de la única teoría revolucionaria digna de ese nombre en la sociedad actual y que históricamente llamamos marxismo, tiene la tarea de guiar internacionalmente al proletariado hacia la meta suprema, la sociedad sin clases, en la que la relación social y productiva del capitalismo se invierte completamente: el trabajador, el trabajador asalariado, el productor de riqueza social ya no estará al servicio exclusivo de la producción y reproducción del capital, sino que la producción de capital, los medios de subsistencia y los medios de producción estarán exclusivamente al servicio de los productores, al servicio de la especie humana de acuerdo con una planificación armoniosa y científica de las necesidades de la vida social de la raza humana y de las generaciones que se sucedan.

Nosotros, militantes comunistas, revolucionarios e internacionalistas, a

pesar del largo período de oscuridad y derrota que atraviesa la clase proletaria, con la certeza de la perspectiva histórica en la que se inserta materialmente la clase proletaria mundial, trabajamos, aunque inevitablemente reducidos a un pequeño núcleo para la reconstrucción del partido de clase, compacto y poderoso que mañana estará a la cabeza del movimiento revolucionario proletario, como lo estuvo en octubre de 1917 en Rusia y en los años inmediatamente posteriores al establecimiento de la Internacional Comunista, para el proletariado mundial.

Estamos obligados, no por elección, sino por la extremadamente desfavorable relación de fuerzas, a llevar a cabo una actividad sobre todo de crítica y propaganda, pero sin negar nunca la posibilidad de intervenir en cada grieta, por pequeña y parcial que sea, de la lucha proletaria, de acuerdo con nuestras fuerzas.

Pedimos a los lectores un apoyo concreto para difundir nuestra prensa, para utilizarla para profundizar los diversos temas que estimulan la crítica y la sensibilidad política, y pedimos que se contribuya financieramente a su continuidad en el tiempo y el espacio. Hoy, lamentablemente, nuestra voz está confundida y distorsionada no solo por las fuerzas oportunistas tradicionales, inclinadas a los intereses burgueses y capitalistas en la paz y la guerra, de derivación estalinista, socialdemócrata, maoísta o anarquista, sino también por grupos que, más o menos, pescan en la herencia del marxismo, el leninismo o la izquierda comunista de Italia y se definen a sí mismos como revolucionarios, comunistas, si no «herederos» de la izquierda comunista a la que nos referimos. Siempre ha ocurrido, desde que apareció el marxismo en la historia, que los grupos y las corrientes que mezclaron posiciones y conceptos marxistas se formaron a partir de las contradicciones de la vida social y política del capitalismo y de los eventos no lineales de la lucha de clases, con posiciones y conceptos pertenecientes a la ideología burguesa, entre los que destacan el indiferentismo y el democratismo. La lucha contra la burguesía, que es el principal enemigo del proletariado, no puede liberarse de la lucha contra todas las corrientes oportunistas, especialmente aquellas que se parecen más a la nuestra, porque operan, ya sea conscientemente o no, para desviar sistemáticamente la lucha proletaria desde su terreno de clase, haciéndolos abrazar tareas, posiciones, objetivos, intereses que, de hecho, llevan al proletariado a desgastar sus fuerzas sin ningún resultado, si no a la colaboración de clase a

menudo camuflada por «objetivos comunes» con otros estratos sociales y clases, básicamente conservadoras, burguesas, reaccionarias.

La lucha que una actividad similar a un partido como el nuestro debe llevar a cabo con intransigencia es ciertamente la lucha a nivel teórico y programático, porque sin la teoría revolucionaria nunca habrá una revolución proletaria victoriosa; pero también en todos los otros planos, ideológico, político, social, táctico, organizativo. Por modestas que sean nuestras fuerzas actuales, ningún campo de actividad se deja de lado voluntariamente. Por lo tanto, el llamamiento que estamos lanzando tiene exclusivamente un objetivo político: la continuidad de nuestra prensa, la continuidad de la actividad de nuestro partido.

¡ABONAOS!
¡SUSCRIBÍOS!
¡DIFUNDID NUESTRA PRENSA!

NOTA:

1) Por bandera tricolor burguesa nos referimos a las banderas nacionales de países como Italia, Francia, Alemania, etc.

¡ SOSTENED Y DIFUNDID LA PRENSA DEL PARTIDO !

¡Lean, difundan, sostengan la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!

- Il comunista -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 5FS;

- Le prolétaire -

Periódico bimestral
Precio del ejemplar: 1 •; £ 1; 3FS.

- Programme communiste -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 4 •; £ 3; 8FS;
América Latina.: US\$ 2; USA-Cdn:US\$ 4.

- El programa comunista -

Revista teórica
Precio del ejemplar: 3 •; £ 2; 8FS;
América Latina:US\$ 1,5; USA-CdnUS\$ 3

- El proletario -

Precio: Europa: 1,5 •; 3CHF; 1,5£;
América del Norte: US \$ 2; América Latina: US \$ 1'5

- Proletarian -

Suplemento en inglés al «le prolétaire»
Precio del ejemplar: 1 •, £ 1, 3 CHF.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org